

La cabeza del diablo

Jesús Campos García

PERSONAJES

CABEZA PARLANTE

YUSUF

GERBERTO DE AURILLAC (SILVESTRE II, Papa)

BEN ABI AMIR (ALMANZOR)

MANIPULADOR

RAMÓN BORRELL, conde de Barcelona

JUAN XIII, Papa

DAMIANO

OTTON II (EL «ROJO»)

ARZOBISPO DE SENS

ARZOBISPO DE TOURS

ARZOBISPO DE BOURGES

AIRARDO

MAYORDOMO

ABEN MASARRA

SARA

OTTON III

CONSEJERO

GREGORIO V, Papa

JUAN XVI, Antipapa

TÚSCULO

CRESCENZIO

MUJER DE CRESCENZIO

SIERVO

DAMA

CARDENAL

LA MUERTE

Así como **DAMAS, MANIPULADORES, CLÉRIGOS, NOBLES, HOMBRES DE CIENCIA, SIERVOS, FRAILES, ARMADOS, VERDUGOS, CARDENALES y PAJES.**

Obra en la que se representa la historia de GERBERTO DE AURILLAC: arabista, matemático, mecánico, inventor y filósofo maestra escuela de Reims; el cual ocupó el solio pontificio en las postrimerías del milenio con el nombre de SILVESTRE II, y de quien se dijo, sin mayor fundamento, que llegó a poseer LA CABEZA DEL DIABLO.

La acción transcurre en Córdoba, Roma, Reims, Rávena, Paterno y Jerusalem (?). Hace sólo 1000 años.

ACTO I

ESCENA I

(Córdoba, 960 d. C.-344 H.)

Un haz de luz ilumina la CABEZA barbada que se muestra en el aire sobre una bandeja y, de inmediato, una gran lengua de fuego sale de su boca, al tiempo que un bramido atruena la sala.

CABEZA.- Sírveme y te serviré. Sé mío y seré tuyo. Obra según mis fines y tus demandas serán saciadas. Sírveme y te serviré. **(Gira suavemente a derecha e izquierda, deteniéndose durante las pausas que intercala entre frases.)**

(Silba el viento.)

Sé mío y seré tuyo. Atiende mis deseos y te daré satisfacción en aquello que demandes. Sírveme y te serviré.

(Su mirada verde, láser, penetra la oscuridad. Entran en escena, iluminándose con un farol de calabaza, los jóvenes GERBERTO DE AURILLAC, BEN ABI AMIR y YUSUF. Graznidos de grajo.)

Sé mío y seré tuyo. Ofreceme tus diezmos y antes de cinco lustros habré quintuplicado tu fortuna. Sírveme y te serviré.

(Relámpagos y truenos sacuden la escena. GERBERTO DE AURILLAC muestra cierto temor, si bien se sobrepone con prontitud.)

Sé mío y seré tuyo. Sométete a mi poder y te convertiré en el más poderoso de los mortales. Sírveme y te serviré.

(La CABEZA vuelve a bramar y otra lengua de fuego sale de su boca, sin que GERBERTO DE AURILLAC parezca impresionarse.)

YUSUF.- Impresionante, ¿no?

GERBERTO.- Curioso, diría yo.

CABEZA.- Sé mío y seré tuyo. Obra según mis fines y tus demandas serán saciadas. Sírveme y te serviré.

(Silba el viento.)

GERBERTO.- ¿Es todo lo que sabe?

YUSUF.- También hace conjuros capaces de doblegar la voluntad del enemigo.

GERBERTO.- Pues no es mucho.

YUSUF.- Y supura una pócima por las aberturas del degüello con la que se propician los lances de amor.

CABEZA.- Sé mío y seré tuyo. Atiende mis deseos y te daré satisfacción en aquello que demandes. Sírveme y te serviré.

(Graznidos de grajo.)

GERBERTO.- **(Decepcionado.)** Esperaba otra magia menos marionetera. No puede ser ésta la Cabeza del Diablo, la ciencia del mal.

YUSUF.- No encontraréis nada igual en toda la cuenca del Guadalquivir.

CABEZA.- Sé mío y seré tuyo. Ofréceme tus diezmos y antes de cinco lustros habré quintuplicado tu fortuna. Sírveme y te serviré.

(Relámpagos y truenos.)

GERBERTO.- **(A YUSUF.)** Haced callar al ingenio parlante. Y que cesen los trucos.

CABEZA.- Sé mío y seré tuyo. Sométete a mi poder y te convertiré en el más poderoso de los mortales. Sírvenme y te serviré.

BEN ABI AMIR.- ¿No os parece sobrenatural?

GERBERTO.- Pues francamente, no. Y dudo mucho que semejante simulación pueda convencer a nadie que no esté de antemano convencido.

(A un gesto de YUSUF, la CABEZA se detiene, cesan los efectos y se ilumina la escena.)

GERBERTO.- Ya me parecía extraño que un ente tan singular estuviera al alcance de cualquiera. Y que cualquiera, así, sin más, pudiera acceder a los secretos sobre los que se sustenta el poder.

BEN ABI AMIR.- Córdoba está llena de cabezas parlantes; pero, que yo conozca, ninguna alcanza tanta perfección.

YUSUF.- También oficia de oráculo. Y es tanta la oscuridad de sus vaticinios que cuanto dice se antoja verdadero.

GERBERTO.- No he menester de profecías que se fundamentan en la necesidad. Así que, por mí, ya pueden desmontar el tingladillo.

BEN ABI AMIR.- Admitid, al menos, que jamás visteis cosa igual.

GERBERTO.- No busco artilugios de invención humana; ingenios que gesticulan accionados por muelles y resortes. Cierto, sí, que su mecánica es muy de admirar, como grande es la pericia que se precisa para su manipulación, pero esta industria nada tiene que ver con la sabiduría, por más que se fundamente en saberes tan antiguos como antigua es la necesidad que tienen los indigentes de escuchar la promesa de su fortuna.

YUSUF.- **(Dirigiéndose al fondo.)** Bien, ya habéis oído. Podéis recoger los aparejos, que no se muestra interesado.

(En la penumbra, entre las cortinillas, aparecen las cabezas barbadas de los MANIPULADORES; cuya semejanza con la CABEZA degollada es evidente.)

MANIPULADOR.- ¿No fue de vuestro agrado?

GERBERTO.- ¡Oh, sí! El trabajo es muy meritorio, pero no es lo que ando buscando.

BEN ABI AMIR.- Vos sabréis cuál es vuestro afán pero, en lo que a mí se me alcanza, no dejaría pasar la oportunidad; que un hombre culto, como vos, que se valiera de estos artificios, bien podría ganarse el sustento.

GERBERTO.- Magos que para quitarse el hambre prometen fortuna a los hambrientos con la ayuda de un talismán, ya los hay en Aquitania. Y no quisiera contarme entre ellos.

YUSUF.- Seguro, pero a fe que ninguno tiene un Bafomet construido con tanto esmero.

GERBERTO.- No he venido hasta al-Andalus para volver cargado con un autómeta.

(A una señal de YUSUF, los MANIPULADORES comienzan a desmontar el tingladillo.)

YUSUF.- Como queráis; pero ni en Siria -donde, según cuentan, nació la primera cabeza del mal- encontraréis nada mejor.

GERBERTO.- ¿Cómo según cuentan? Os lo he contado yo.

YUSUF.- **(Cogido en falta.)** Bueno, sí.

BEN ABI AMIR.- ¿Qué historia es ésa?

YUSUF.- Una muerta a la que violaron en su tumba y que, al parecer, engendró en sus entrañas...

GERBERTO.- Sí, la cabeza que nació de Ise, o de Isis. **(Incómodo por la presencia de los MANIPULADORES.)** Probablemente sólo una alegoría, que tampoco conviene publicar en exceso, pero que ya os contaré cuando haya lugar. **(A YUSUF.)** Y vos, id aflojando la taleguilla, y vengan acá esos cuarenta maravedíes que os anticipé por nada.

YUSUF.- ¿Por nada? Yo he cumplido mi parte del trato.

GERBERTO.- **(Tira de la daga con facilidad y, pendenciero, le empuja con ella en la panza.)** No os confundáis conmigo.

YUSUF.- Quitad, no juguéis con el acero, que soy de piel blanda y, al menor rasguño, me brota la sangre a caños.

MANIPULADOR.- **(Respaldado por sus ayudantes.)** Eh, ¿qué es lo que pasa ahí?

BEN ABI AMIR.- Tranquilos, no hay cuidado, que son bromas de amigos.

MANIPULADOR.- **(A YUSUF.)** ¿Es verdad eso que dice?

YUSUF.- **(Que no las tiene todas consigo.)** Más me valga.

BEN ABI AMIR.- **(A los MANIPULADORES.)** Continúad con lo vuestro, que ya tercio yo en esta pendencia. **(A GERBERTO.)** Y vos, guardad esa daga, no sea que acabemos la noche oliendo a rosas; que Yusuf, a poco que le apretéis, se nos va por las patas abajo.

(Los MANIPULADORES continuarán recogiendo sus bártulos, si bien con un ojo puesto en lo que acontece.)

GERBERTO.- **(Aminorando la presión.)** Conque habéis cumplido, ¿eh? Pues yo no veo en parte alguna la Cabeza del Diablo que me prometisteis.

BEN ABI AMIR.- ¿Prometisteis tal cosa?

YUSUF.- Yo hablaba de autómatas. A saber lo que él entendería.

GERBERTO.- Puede que me equivocara el afán; aunque vos me alentasteis en el error.

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) Y, de no ser un ingenio parlante, ¿qué cabeza de diablo es la que buscáis?

GERBERTO.- (Procurando no ser oído por los MANIPULADORES.) La auténtica, la engendrada en el vientre de la muerte con el semen del mal.

BEN ABI AMIR.- ¡Anda ahí mi madre! Pues no es mal empeño.

YUSUF.- ¿Y en serio pensasteis que sabiendo cómo encontrar semejante prodigio iba a seguir de mercader, pudiendo ser el amo del mundo?

GERBERTO.- Tal disteis a entender. ¿En pago de qué, si no, iba a daros semejante fortuna?

YUSUF.- ¿Fortuna, decís? Y apenas si alcanza para cubrir los gastos del viaje.

BEN ABI AMIR.- No sé qué gasto pudo hacerlos con venir caminando desde Tarragona.

YUSUF.- Sólo faltaba que os pusierais también de su parte. Le proporcioné el salvoconducto, que jamás hubiera cruzado las marcas de no ser porque venía en mi caravana. (A GERBERTO.) Además, subisteis a los carros siempre que se os antojó.

BEN ABI AMIR.- ¿Es eso verdad?

GERBERTO.- Cierto, nunca lo negué. (Subiendo el tono para hacerse oír por los MANIPULADORES.) Tan cierto como que holgué con las esclavas cuantas veces me vino en gana.

YUSUF.- ¡Chissss...!

GERBERTO.- Aunque jamás hubiera imaginado que pensarais cobrarme los favores que ellas me otorgaron de buena gana.

YUSUF.- (Por bajo.) ¡Queréis callar? ¿No veis que me buscáis la perdición?

BEN ABI AMIR.- ¿Holgasteis con las concubinas del Califa?

YUSUF.- No, si conseguiréis que me crucifiquen.

(Los MANIPULADORES, que han acabado de recoger,
escuchan interesados.)

Y vosotros, si habéis acabado de plegar, podéis marchar en buena hora.

MANIPULADOR.- Si queréis, nos quedamos, por si fuera preciso nuestro concurso.

YUSUF.- No será menester, que es gente de fiar. (A GERBERTO.) ¿O no?

BEN ABI AMIR.- Marchad tranquilos, que ya me encargo yo de que no llegue la sangre al río.

YUSUF.- Aunque mejor no os marchéis del todo, por si tuviera necesidad de hablaros de otros negocios.

MANIPULADOR.- Pues ahí nos tenéis, apostados a la entrada del adarve (**Con intención.**) para lo que se tercié.

(Los MANIPULADORES salen llevando consigo los
utensilios de la ficción.)

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) ¿Y es cierto que holgasteis? (A YUSUF.) Conmigo nunca tuvisteis un detalle así.

YUSUF.- Ya veis, puso su mano en ellas antes que el Califa, y aún anda quejoso.

GERBERTO.- Media Tarragona ha puesto su mano en ella antes que el Califa. Y la otra media no sólo puso la mano.

BEN ABI AMIR.- Pues si eso llegara a saberse, los mismos que te hacen rico te harían muerto.

YUSUF.- Que un rayo me parta si no han llegado tan intactas como cuando me las entregaron.

GERBERTO.- Bien cosidas sí que están.

YUSUF.- Vírgenes o remendadas, como me las confiaron en Tarragona; así las entregué a los eunucos de la Ruzafa. (A GERBERTO.) Salvo que abusarais de mi confianza.

GERBERTO.- Mal me conocéis si tal pensáis, pues no es ese mi proceder. Que si alguna llegó desflorada, otro debió ser quien la requetedesvirgara; que yo sólo las sodomicé, tal como convinimos.

YUSUF.- Pudisteis errar la lanzada.

GERBERTO.- Por mi honor que, tras los lances, quedaron enteras y sin partir. Que bien que me cercioré.

BEN ABI AMIR.- Pues si eso fue así, cosed vuestros labios como alguna buena madre debió coser los de esas doncellas, o la próxima cabeza parlante que encontremos en el zoco será la de Yusuf... degollado.

YUSUF.- Sí, vosotros reíros.

GERBERTO.- No hará falta que nadie lo proclame. En cuanto las vean moverse, hasta el más necio advertirá que esas habilidades no las aprendieron en la cocina, ni en el cuarto de costura.

YUSUF.- No sé qué malicia veis en que sean voluptuosas. Para eso nos las llevan a Cataluña tras hacerlas cautivas en los mares del norte, para que las enseñemos a seducir.

BEN ABI AMIR.- (Irónico.) Creía que era para que aprendieran el idioma, y no para que las adiestrarais en el manejo de la lengua.

YUSUF.- También, y para ello contamos con los mejores traductores (Señalando a GERBERTO), que así fue como le conocí. Pero, sobre todo, para que practiquen la danza y se inicien en las artes del harén. Disciplinas que nadie imparte mejor que nuestros cátedros de Tarragona.

GERBERTO.- Buen oficio ése para un fraile huido. Ojalá me lo hubierais propuesto; y en vez de encomendarme que les arabizara su esclavo, cuánto mejor no hubiera sido sentar cátedra carnal e impartirles lujurias.

BEN ABI AMIR.- No se me antoja mal negocio. Y tanto es así, que me pregunto si no deberíamos fundar academia en las riberas del Betis.

YUSUF.- ¡Alto ahí! No os confundáis, que son gentes muy honradas, a las que no se les pasaría por las mientes cometer fornicio; que un desatino así les supondría la pérdida del paraíso.

GERBERTO.- Pues no se me alcanza a mí paraíso mejor que el de ser zorro guardando gallinas, y lo que es más placentero: enseñándolas a zorrear.

BEN ABI AMIR.- Oyéndoos hablar así, nadie os haría hombre de Iglesia.

GERBERTO.- Benedictino fui, pero de eso hace ya más de seis meses. Y mejor si no se advierte, que tal condición no parece conveniente para mis fines. (A YUSUF.) Pero volvamos a lo que nos importa, y aflojad ya la taleguilla, que esto no fue lo tratado y no me doy por satisfecho, por muy meritoria que fuera la simulación.

YUSUF.- ¿En esas andamos todavía? (A BEN ABI AMIR.) Terciad vos y acabemos el pleito en mala hora. Que ya me arrepiento de haberle servido por tan poco.

BEN ABI AMIR.- ¿Me estáis pidiendo que me pronuncie?

YUSUF.- Sentenciad el caso, si él se aviene.

BEN ABI AMIR.- No puedo dictaminar sin antes acabar las indagaciones.

YUSUF.- ¡Valiente jurisconsulto! Hicisteis bien en poner una tienda de paños y brocados; que, como cadí, mal porvenir teníais.

BEN ABI AMIR.- (Bromea.) Tendré que examinar a las esclavas antes de pronunciarme.

(Risas generales.)

GERBERTO.- ¿Es cierto que habéis estudiado jurisprudencia?

BEN ABI AMIR.- Y literatura. Pero el saber de poco vale si no se tienen valedores. Por eso me establecí junto al palacio califal, para introducirme en la corte; que no hay otra manera. Y así, mal que bien, ya les hice algún trabajo para la biblioteca; como copista.

YUSUF.- A la mismísima princesa Subh, esposa de al-Hakam, le ha hecho, sí, más de un trabajo; aunque no sabía que a tales menesteres se les llamara copistería.

BEN ABI AMIR.- Burlaos si queréis, pero ya veréis como acaban nombrándome cadí de alguna cora importante. De Sevilla, si está en mi mano; que no quisiera alejarme de las riberas del Guadalquivir.

GERBERTO.- Siendo así, qué mejor juez para nuestro litigio.

BEN ABI AMIR.- (A YUSUF.) ¿Acataríais mi sentencia?

YUSUF.- Por mí, bien valdría, con tal de dar el pleito por zanjado.

BEN ABI AMIR.- En tal caso, deberéis darme un dinar. (A GERBERTO.) Y vos otro. Que no es de buen juriconsulto impartir justicia sin antes fijar los honorarios.

YUSUF.- ¿Veis? En esto de asegurarnos el salario, sí que os reconozco como hombre de leyes. **(Le da la moneda de mala gana.)**

GERBERTO.- **(Dándole también la suya.)** Y bien, ¿cuál es vuestra resolución?

BEN ABI AMIR.- Oídas las partes -que poco más, supongo, habrá ya que alegar-, pasaré directamente a las consideraciones. Así: visto que Gerberto de Aurillac contrató por cuarenta maravedíes los servicios del mercader Yusuf de Tarragona para que éste le trajera a Córdoba, donde debía mostrarle la Cabeza del Diablo...

GERBERTO.- Eso es más que sabido.

BEN ABI AMIR.- Calmaos. **(Y continúa.)** Y considerando que, si bien es cierto que le trajo a la capital del Califato, no lo es tanto que la cabeza que le mostrara fuera en nada diabólica, salvo en la circunstancia de ser manipulada por unos pobres diablos.

YUSUF.- Acabáramos, que ya sobra la sentencia.

BEN ABI AMIR.- Por lo que, en consecuencia, dictamino que le sean devueltas tres cuartas partes de lo que anticipó, quedando el resto en pago del salvoconducto y de los gastos que pudiera haber originado durante el viaje. **(A GERBERTO.)** Ahora bien, si algún día llegarais a poseer tan portentosa cabeza, deberéis volver para darle parte de vuestra fortuna, y así resarcirle de haber perdido lo que ya contaba como propio.

YUSUF.- ¿Y las esclavas, es que no valoráis en nada la holganza con mujeres tan blancas y perfumadas?

BEN ABI AMIR.- ¡Ah!, eso ya, si vos consideráis que debe pagar por su disfrute, comunicádselo al Califa. Y que sea él quien se lo reclame, puesto que son suyas.

YUSUF.- **(A BEN ABI AMIR.)** ¿Y vos sois un amigo?

(Al tiempo que le entrega la taleguilla a GERBERTO, de mala gana.)

BEN ABI AMIR.- El prestigio de un cadí se fundamenta en su imparcialidad, y si aspiro a ser el juez supremo del Califato, no puedo prestarme a componendas; y menos en pleito de tan poca monta.

GERBERTO.- Por mi parte, acato la sentencia; si bien yo reclamaba los cuarenta. **(A YUSUF.)** Y vos, alegrad esa cara, que, a la postre, este pleito aumentará vuestra fortuna. Pues tened por cierto que llegará el día en que encontraré esa Cabeza de Diablo, que así me fue revelado en un sueño.

YUSUF.- ¿A cuánto no ascendería mi fortuna si diera por ciertos los beneficios que se obtienen en los sueños? Yo vivo de los negocios, y no de las quimeras.

GERBERTO.- No os hablo de ensoñaciones, sino de un sueño místico provocado por un bebedizo de elédoro negro que nos trajo al convento una madre abadesa que regresaba de los Santos Lugares. En él se me apareció el diablo en forma de fiera, transformándose paulatinamente en hombre con cabeza de ave. Y de tal guisa, me manifestó que dominaría el mundo y alcanzaría la inmortalidad, siempre y cuando, deduje yo, que no dijera misa en Jerusalem. Condición que, como comprenderéis, no es para mí ningún problema. Eso sí, para conseguirlo debería encontrar su cabeza, hacerla mía y pensar con ella. Y en ese empeño estoy.

BEN ABI AMIR.- (A YUSUF.) Y luego decís que estoy loco cuando sueño con impartir justicia en la Mezquita aljama. He aquí a un hombre que no le pone límite a su afán.

YUSUF.- (A GERBERTO.) Pues si eso fuese así, y llegara el día en que volvierais para resarcirme de lo que ahora me arrebatáis, tened por sabido que aquí estaré trayendo esclavas desde Tarragona, que ése fue el oficio de mi padre y el de mi abuelo, que somos proveedores de los palacios califales desde los tiempos de Abderramán; por lo que no os será difícil encontrarme.

BEN ABI AMIR.- ¿Y a dónde pensáis encaminar vuestros pasos, ahora que le habéis perdido el rastro a vuestro Bafomet?

GERBERTO.- Volveré a la corte de Barcelona para medrar en ella. Cuento allí con relaciones que me abrirán las puertas de la Escuela de Traductores, que me conviene trabajar en su biblioteca por si diera con algún indicio. Pues así fue, traduciendo unos libros, como tuve noticia de su existencia.

BEN ABI AMIR.- (A GERBERTO.) Deberíais quedaros en Córdoba hasta la llegada de la primavera. Si queréis, puedo presentaros en la biblioteca del Alcázar. Además, son muchas las tertulias y reuniones secretas que aquí se celebran, y un oído atento como el vuestro sacaría provecho de lo que allí pudiera decirse.

YUSUF.- No me lo entretengáis, no sea que llegue tarde a su cita con el diablo.

GERBERTO.- Descuidad, que acudiré puntual; si es que se digna llamarme. Mas, mientras llega ese momento, bajemos a la ribera en busca de compañía y hagamos algo prohibido para ganarnos su voluntad.

(Risas y oscuro.)

Escena II

(Roma, 970 d. C.)

RAMÓN BORRELL, conde de Barcelona, y GERBERTO DE AURILLAC pasean por el claustro de la residencia pontificia, deteniéndose y volviendo sobre sus pasos. GERBERTO lleva consigo un pequeño hato.

BORRELL.- Espero no tener que arrepentirme.

GERBERTO.- No diré nada que no piense.

BORRELL.- Eso, justamente, es lo que más me preocupa. Vuestra estancia en Roma podría sernos de gran utilidad con vistas a la independencia del Condado. De hecho, eso fue lo que indujo a vuestro maestro a traeros ante Su Santidad. Sin embargo, en mi opinión, vuestra presencia en Letrán es un arma de doble filo, pues si bien poseéis cualidades que os hacen merecedor de nuestra confianza, todo lo echáis por tierra cuando dejáis de lado la razón y os dedicáis a sorprender con esas ideas descabelladas más propias de un visionario que no de un hombre de ciencia.

GERBERTO.- Sabré ser lisonjero y manejaré la impostura cuanto sea menester, si ello me abre las puertas de la Biblioteca Vaticana.

BORRELL.- Más os valdrá, que esto no es Barcelona; y aquí la corte es mucho más estricta.

GERBERTO.- ¿Roma?

BORRELL.- No en las costumbres, que siguen siendo tolerantes, sino en las alianzas. Así, una opinión inconveniente puede abrirnos la losa del sepulcro, que en esta santa ciudad se escancian los venenos con más generosidad que en Cataluña los vinos.

GERBERTO.- Seré cauto y, en atención al consejo, me proveeré de antidotos por si me fallara el paladar.

BORRELL.- Mejor haríais cuidándoos de no alborotar con vuestros desvaríos.

GERBERTO.- Prefiero que me desdeñen por ser quien soy, que no ser apreciado por mi impostura; aun así, haré por conciliarme con quienes me traten.

BORRELL.- ¿Habéis traído el reloj?

GERBERTO.- Aquí, en el hato.

BORRELL.- (**Apremiante.**) No olvidéis obsequiárselo.

GERBERTO.- ¿No debería ser yo quien estuviera nervioso?

BORRELL.- Tal sería el caso, si estuvierais en vuestro sano juicio.

(**Acompañado por un CLÉRIGO, entra JUAN XIII, el cual se acerca a BORRELL por la espalda, mientras el CLÉRIGO se mantiene a distancia.**)

GERBERTO.- Pues ya es tarde para sanarlo, que aquí se acerca.

BORRELL.- (**Se vuelve e, inclinándose, le saluda.**) Santidad.

JUAN XIII.- Luego éste es Gerberto de Aurillac.

GERBERTO.- Santidad.

JUAN XIII.- Me hablaron de vos en términos muy elogiosos.

GERBERTO.- ¿Qué otra cosa podía esperarse de mi protector y mi maestro?

JUAN XIII.- Sin embargo, vos no sois de Cataluña. ¿O me equivoco?

GERBERTO.- Cierto, soy galo.

BORRELL.- (Con énfasis.) Descendiente de los condes de Aquitania.

GERBERTO.- Aunque por línea bastarda.

BORRELL.- (Incómodo por la puntualización.) Y muy versado en música y matemáticas.

JUAN XIII.- (Divertido por la puntualización.) ¿Es cierto que viajasteis a al-Andalus para aprender los números árabes?

GERBERTO.- A Córdoba. Mas no fue allí donde aprendí su numeración, sino en Vich y en Ripoll. Su Santidad ya conoce a mi maestro.

BORRELL.- Merced a esos conocimientos, ha construido una máquina capaz de medir el tiempo sin necesidad de arena. (**Urge a GERBERTO.**) ¡El reloj!

GERBERTO.- ¡Ah, sí! (**Y comienza a desatar el hato.**)

JUAN XIII.- ¿Un reloj que no necesita arena?

BORRELL.- Deseaba obsequiaroslo.

GERBERTO.- Actúa en virtud de estos contrapesos. (**Lo pone a funcionar.**) ¿Veis?, el péndulo hace girar la rueda dentada y, con ella, las manillas van señalando las horas.

BORRELL.- Impresionante, ¿no?

GERBERTO.- Simple en extremo.

JUAN XIII.- (Tras una larga pausa durante la que sólo se escucha el tic-tac del reloj.) Curioso. (**Tras una nueva pausa.**) Viéndolo oscilar, uno siente cómo el tiempo escapa acompasadamente. Con los de arena, en cambio, fluye como agua. Me vendrá bien, ahora que no es mucho el tiempo que me queda, oír cómo esta máquina me advierte de su brevedad.

(JUAN XIII hace una señal al CLÉRIGO, y éste se acerca para que le entregue el reloj.)

BORRELL.- Lamentaría que tan humilde obsequio hubiera provocado en Su Santidad un sentimiento de tristeza.

JUAN XIII.- (Jovialmente a GERBERTO, sin atender a lo dicho por BORRELL.) ¿O sea que es cierto lo que cuentan de que en el viaje a al-Andalus ibais tras la Cabeza del Diablo, y no para aprender numeraciones?

BORRELL.- ¡Infundios!

GERBERTO.- (Reacciona divertido.) Cosas de juventud.

JUAN XIII.- Viéndoos aquí, me atrevo a pensar que no la encontrasteis.

BORRELL.- (Descolorado.) Eso, de juventud.

GERBERTO.- Pues no, y fue una pena. Aunque sí vi muy buenas imitaciones; ingenios fabricados con mucha pericia que equivocarían a más de un incauto. Y es que los árabes, tanto para construir autómatas como para otras muchas ciencias, son gentes afianzadas en el saber.

BORRELL.- Lo cierto es que, afortunadamente, no encontré nada; si bien no faltan maldicientes que le señalan por haber andado a la busca de tan enigmática entidad.

JUAN XIII.- Buscar no es malo; sólo quien busca, encuentra. Aunque no siempre encuentre aquello que buscaba.

BORRELL.- También conoce a la perfección las lenguas eslavas.

JUAN XIII.- Ya, ya tengo noticia de cómo aprendió las tales lenguas.

BORRELL.- ¡Ah!

JUAN XIII.- (A GERBERTO.) Y contadme: ¿qué fue lo que más os impresionó de al-Andalus?

GERBERTO.- Su unidad.

JUAN XIII.- ¿Su unidad?

GERBERTO.- Sí, y no me refiero sólo a la unidad del territorio sino, sobre todo, a la ciencia política con la que los califas han sabido vincular los intereses de su Iglesia con los del Estado. Todos los esfuerzos se concitan en una sola voluntad y eso hace grande a un pueblo.

BORRELL.- ¿Acaso no hay disidentes en al-Andalus?

GERBERTO.- Los hay. Son muchos los omeyas descontentos por la creciente influencia de los esclavos. Aun así, no imagino que en Córdoba se alzara una revuelta como la que aquí, en Roma, dio lugar al destierro de Su Santidad.

JUAN XIII.- Creedme, un mal menor; que fui preso en Sant'Angelo y llegué incluso a temer por mi vida, por lo que marché al destierro con gran alivio.

BORRELL.- **(Incómodo por como se produce la conversación.)** Lamentable.

JUAN XIII.- **(Sin prestar atención a BORRELL.)** En fin, ya veis en lo que acabó el intento de doblegar a la nobleza romana.

GERBERTO.- **(Con vehemencia.)** Tal vez el error fue no actuar conjuntamente. Ya, ya sé que el Emperador os respaldó e incluso fue extremadamente severo con los Crescenios, pero hay que actuar al unísono; de lo contrario, tales acciones no sólo no sofocan la sedición sino que la enardecen.

BORRELL.- **(Explotando.)** ¡Vais a darle lecciones a Su Santidad?

GERBERTO.- Yo...

JUAN XIII.- Dejadlo continuar, que no anda falto de razón. De hecho, tras los tumultos, la situación es mucho peor que cuando accedí al Pontificado.

GERBERTO.- En apenas un siglo, los papas y antipapas rebasan con mucho la treintena; los más, canonizados con intrigas y no pocos depuestos con veneno. Pues bien, ni con revueltas ni con represiones se pondrá fin a tanta felonía.

(GERBERTO se detiene ante la mirada airada de BORRELL. JUAN XIII, en cambio, lo anima a continuar.)

GERBERTO.- Las iglesias locales han perdido la estima por el Pontificado y, de seguir así, no sólo será imposible la unidad política de la Cristiandad sino que hasta la Iglesia misma corre el peligro de feudalizarse.

JUAN XIII.- ¿Y cuál es vuestra propuesta? ¿O me equivoco al aventurar que tenéis una propuesta?

GERBERTO.- Conquistar los Santos Lugares.

JUAN XIII.- No veo la relación.

GERBERTO.- Creo que es misión del Papado acometer una empresa que atañe por igual a reyes y a abades; a clérigos y a caballeros. Que germanos, borgoñeses, navarros e italianos sumen sus voluntades contra el infiel. Son dos los peligros que se ciernen sobre la Cristiandad: uno, su descomposición interna; otro, el avance del Islam. Pues bien, la conquista de los Santos Lugares daría respuesta a ambas amenazas.

JUAN XIII.- Un plan muy arriesgado.

BORRELL.- Tal vez debí advertir a Su Santidad de que entre sus muchas cualidades no destaca la moderación.

JUAN XIII.- Sí, muy arriesgado. **(Pausa.)** Sin embargo, no debe desdeñarse. Me complacería que se lo expusierais al Emperador. **(A BORRELL.)** Ha sido un acierto que lo hayáis traído con vos. Ahora, si no tenéis inconveniente, desearía departir con él en privado, pues me importan unas cuestiones que atañen a su condición de hombre de Iglesia.

BORRELL.- Si Su Santidad me lo permite. **(Apunta una reverencia.)**

JUAN XIII.- Podéis ir. **(Al CLÉRIGO.)** Acompañadle.

GERBERTO.- **(Saludando al Conde respetuosamente.)** Señor.

(Sale RAMÓN BORRELL, Conde de Barcelona, seguido por el CLÉRIGO. JUAN XIII y GERBERTO DE AURILLAC quedan en silencio por un momento.)

JUAN XIII.- Desearía haceros unas preguntas, no en confesión sino en confidencia.

GERBERTO.- Preguntad cuanto queráis saber.

JUAN XIII.- ¿Seguís buscando la Cabeza del Diablo?

GERBERTO.- Incluso cuando no la busco.

JUAN XIII.- Lo suponía.

GERBERTO.- Nada excita tanto mi curiosidad como la revelación de ese misterio. Mi único afán es alcanzar el origen del mal, desentrañar su alquimia, comprender su naturaleza.

JUAN XIII.- Os entiendo. **(Pausa.)** Y una última pregunta. **(Nueva pausa.)** ¿Creéis en la existencia de Dios?

GERBERTO.- **(Pausa larga.)** Cómo me gustaría tener una respuesta clara y concisa. **(Calla apesadumbrado y, tras una nueva pausa, añade presuroso.)** Y no creáis, no, que evito la respuesta. Para mí, Dios es una duda infinita. **(Breve pausa.)** Tal vez mi obsesión por alcanzar las causas del mal no sea sino un modo de buscar a Dios.

JUAN XIII.- Os entiendo. **(Y, tras una pausa.)** Os entiendo...

ESCENA III

(Reims, 980 d. C.)

**En la Sala Capitular de la Escuela Catedralicia de Reims,
GERBERTO DE AURILLAC y DAMIANO, elevados en
sendos púlpitos, sostienen acaloradamente sus opiniones
ante OTTON II «El Rojo».**

21

**El Emperador sigue el debate desde el estrado, rodeado de
su corte: nobles, clérigos y hombres de ciencia.**

GERBERTO.- La existencia de Dios no puede depender de nuestra necesidad. El hambre, las epidemias o el cataclismo que nos pueda sobrevenir con el fin del milenio, no pueden ser los pilares sobre los que se asiente nuestra fe. Mientras no nos acerquemos a Dios valiéndonos del uso de la razón, en nada nos diferenciaremos de esos hechiceros que amenazan con la ira de falsas divinidades para sumir al pueblo en la ignorancia y la superstición.

DAMIANO.- ¿Considera Su Reverencia que debemos desvelar los misterios de la fe mediante el uso de la gramática? ¿Hemos acaso de desentrañar la palabra de Dios aplicando las mismas reglas con que se enjuicia la palabra de los hombres?

GERBERTO.- Sobre todas las criaturas que han sido creadas, el hombre posee la facultad de razonar. Un don que, no lo olvidéis, le ha sido otorgado por Dios. Aunque ya veo que a Su Reverencia tal facultad no le merece muy buena opinión.

DAMIANO.- Nada tengo en contra de tal habilidad, si bien considero que, al igual que otras artes liberales, la gramática -y por ende, la razón- es un ingenioso entretenimiento, pero nada más. Yo mismo, para pasar el rato, confieso haberme ocupado alguna vez en esas prácticas, e incluso he llegado a alcanzar cierta destreza en la especulación con los universales. Y no sólo desde vuestra concepción realista, sino también según el criterio de los nominalistas. Aunque, francamente: como entretenimiento, prefiero el ajedrez.

(Risas generales.)

GERBERTO.- No conocía esos devaneos de vuestra Reverencia con el último grito de la dialéctica. ¿Tal vez en adelante debería incluíros entre los «moderni»?

(Nuevas risas.)

22

DAMIANO.- Hacedlo si eso os place. Mas, en lo que nos importa, os diré que la dialéctica, en la medida en que no se interesa por Dios ni ayuda en nada a la salvación del alma, sólo puede considerarse como una ocupación muy inferior. Y en cuanto a su relación con la teología, el puesto que le corresponde es el de una esclava, pues si bien de forma subordinada puede ser apta para regular el orden de la discusión, difícilmente por sí sola puede definir la esencia de lo real.

GERBERTO.- ¿Niega Su Reverencia la autoridad de Platón y de Aristóteles?

DAMIANO.- ¿Os atrevéis a compararla con la de los Apóstoles, que recibieron la sabiduría directamente del Espíritu Santo? Vuestra osadía, al someter los dogmas a las reglas de la razón, atenta contra la autoridad de los Padres de la Iglesia. Es más, y oíd bien lo que os digo: con tal intento podéis incluso incurrir en herejía, pues estáis cuestionando la verdad revelada mediante el uso de ciencias inventadas por herejes.

GERBERTO.- Cierto que el empleo de la dialéctica nos aparta de los Padres de la Iglesia, mas eso no supone que tal práctica nos aparte de Dios. El Creador, que es la razón suprema, nos creó a su imagen y semejanza; por tanto, someter nuestra fe a las reglas de la razón no sólo no nos aparta de Dios sino que nos acerca a Él.

DAMIANO.- ¿El considerar a Dios como la Razón Suprema, os permite admitir que sea Todopoderoso?

GERBERTO.- No veo contradicción en ello.

DAMIANO.- Siendo así, si a Dios se le ocurriera hacer desaparecer un hecho histórico -el Imperio carolingio, por ejemplo-, ¿cómo explicaríais con vuestra lógica la desaparición de ese período? ¿Adónde iría a parar vuestro principio de no contradicción?

GERBERTO.- Dejad en paz al noble Carlomagno en su tumba de Aquisgram y no ofendáis a Dios con tales ocurrencias, propias de juglares y encantadores. Mas si lo que pretendéis es que crucemos nuestras lanzas en un torneo dialéctico, hagámoslo en torno a otra cuestión más adecuada, sobre la que he meditado largamente y para la que confieso no tener respuesta.

DAMIANO.- Os escucho.

GERBERTO.- Admitido que el pecado original es una infección del alma por el mal, nos encontramos con el siguiente dilema: si cada vez que nace un niño, Dios crea un alma nueva a partir de la nada, necesariamente es Dios el responsable de esa infección por el mal; y si negamos esto, estaremos negando que Dios crea el alma de forma individual. ¿Podrías, con la ayuda de vuestra fe, ayudarme a solucionar este problema?

(Pausa expectante, con cruce de miradas entre los asistentes.)

DAMIANO.- Así, al pronto... Dejadme pensar.

OTTON II.- **(Poniéndose en pie, se dirige a los reunidos.)** Mucho me temo que no tengamos tiempo para resolver tan interesante cuestión. Mañana hemos de partir hacia Rávena; pues, como sabéis, los Crescenios, una vez más, volvieron a expulsar de Roma al nuevo Papa; y éste y otros asuntos políticos nos reclaman. **(Más directamente a GERBERTO.)** No hemos acabado aún de firmar el armisticio con el rey de Francia y ya hay que pertrechar de nuevo a los ejércitos para ir contra los sarracenos. **(De nuevo a los reunidos.)** Cuánto más me gustaría poder gozar de estas veladas en las que se enriquece el espíritu, que no tener que atender los asuntos de la guerra. **(Hace un gesto de impotencia.)** Recibid mi agradecimiento por vuestras brillantes argumentaciones. **(Se dispone a bajar del estrado.)**

DAMIANO.- Majestad.

OTTON II.- ¿Sí?

DAMIANO.- Permitidme, al menos, concluir enunciando dos proposiciones que resumen mi disertación.

OTTON II.- Adelante.

DAMIANO.- **(Sentencia, tras una pausa.)** Los filósofos son agentes de Satanás. Y la gramática, una invención del diablo.

24

(Regocijo de una pequeña parte de los asistentes y perplejidad del resto.)

OTTON II.- **(A GERBERTO, con sorna.)** ¿Deseáis rebatirlo?

GERBERTO.- **(Haciendo una reverencia.)** Su argumentación es irrefutable.

(Risas de los antes perplejos. DAMIANO, ofendido, se marcha en compañía de sus incondicionales. OTTON II camina hacia GERBERTO, y éste le sale al paso. El resto de los asistentes se congregan en pequeños grupos y, gradualmente, van abandonando la estancia en distintas direcciones.)

OTTON II.- Un desafortunado colofón para tan interesante velada.

GERBERTO.- Damiano es sin duda un santo varón. Sin embargo, entre sus muchas virtudes no destaca la tolerancia.

OTTON II.- A veces dudo de su inteligencia.

GERBERTO.- Suele plantear cuestiones tan arcaicas... Aun así, la controversia estimula mi imaginación.

OTTON II.- Lamentaría que os hubiera enojado.

GERBERTO.- ¿Por su despropósito? Estoy acostumbrado. **(Pausa.)** Lo que realmente me preocupa son los sucesos de Roma; la actitud de Crescenzo: su continuo hostigamiento al papado, el desacato a vuestra autoridad.

OTTON II.- Y si al menos actuara a cara descubierta... Se adivina su mano detrás de cada algarabía, pero no siempre es fácil probar su implicación. Debí hacerles ajusticiar cuando mataron a Benedicto VI, a él por asesino, y a Bonifacio por usurparle el Pontificado. Pero me detuvo el temor a un enfrentamiento con la nobleza romana y ahora estamos pagando ese error. Que mandarle al destierro no fue sino aplazar el problema y, a la postre, agravarlo, pues tras su regreso goza aún, si cabe, de mayor prestigio y popularidad.

25

GERBERTO.- Siempre pensé que al amparo de sus reivindicaciones nacionalistas ocultaba una desmedida afición por la intriga. Para él, la rebelión no es más que un juego. Cuanto más pasa el tiempo, más convencido estoy de que le aburre el gobierno de la ciudad tanto como le divierte conspirar; que, al parecer, es lo único que verdaderamente le excita.

OTTON II.- No deja de ser una aguda observación. Pero, ¿cómo se ataja ese mal? ¿Debo nombrarle, acaso, conspirador oficial del Imperio?

(Ambos ríen.)

GERBERTO.- Hace años traté de convencer a vuestro padre para que acometiera la conquista de Jerusalem.

OTTON II.- Conozco vuestro propósito.

GERBERTO.- Una empresa así encauzaría el ardor de nuestros correligionarios y evitaría tanta guerra fratricida.

OTTON II.- Soy de vuestra opinión y convengo con vos en que tal empeño aunaría muchas voluntades. Es más, es mi intención aliarme con Hugo Capeto y con el rey de la Borgoña para enviar nuestras mesnadas contra los sarracenos.

GERBERTO.- Nada como un enemigo común para cimentar una alianza.

OTTON II.- Sin embargo, la conquista de los Santos Lugares se me hace un camino lleno de escollos.

GERBERTO.- Que ya se irían allanando sucesivamente, según urgieran.

OTTON II.- (**Tras meditarlo.**) Deberíais visitarnos en Rávena para sopesar juntos la conveniencia de llevar a cabo vuestro plan. (**Invitándole con un gesto a que le acompañe en la salida.**) Por cierto, la Reina os envía sus saludos.

GERBERTO.- ¿Continúa aún convaleciente?

OTTON II.- Un físico persa que le enviaron sus padres desde Grecia ha obrado el prodigio de su recuperación.

26

GERBERTO.- Algo sabía por una misiva de vuestra madre, en la que también celebraba lo despierto que parece ser vuestro hijo.

OTTON II.- (**Con orgullo.**) ¿Despierto? Nació con los ojos abiertos, que jamás se vio cosa igual. A fe que no habrá de pasar mucho tiempo sin que, ya desde la cuna, se interese por las cuestiones del gobierno.

GERBERTO.- Siempre es un alivio saber que la dinastía está asegurada.

OTTON II.- Máxime cuando con tanta frecuencia hay que arriesgar la vida defendiendo al Imperio en el campo de batalla.

(Salen y oscuro.)

Escena IV

(Rávena, 983 d. C.)

OTTON II «el Rojo», echado en el lecho, es atendido por su madre, ADELAIDA de Italia, y por su esposa, TEOFANÍA de Grecia. También por el físico HAIY ABBAS de Persia, el cual calienta un cuenco en un hornillo.

ADELAIDA.- (Remetiendo las ropas de la cama.) Dejad ya de bregar y de airearos, que no es bueno enfriarse teniendo calenturas.

OTTON II.- Por favor, madre, no me abruméis con vuestros cuidados.

ADELAIDA.- Si no hubierais sido tan imprudente, no estaríais ahora de esta guisa.

OTTON II.- (Arrojándolas.) Y... y apartad de mí tanta osamenta.

ADELAIDA.- Son huesos de graja, muy afamados por su virtud en la sanación de cólicos, catarros y alferecías.

OTTON II.- Peor me lo ponéis. Que creía que eran reliquias.

ADELAIDA.- Mi abuela se los ponía en el ombligo para remediarse los flatos. Y una tía de mi madre...

OTTON II.- (Irritado.) Pues no voy a consentir que me agobiéis con hechizos y amuletos, por mucho que sea costumbre de familia. **(Pausa.)** Además, ya estoy harto de tanta cama. **(Tratando de incorporarse.)**

ADELAIDA.- (Impidiéndoselo.) Dejad de comportaros como si no estuviérais en vuestro sano juicio y volved al lecho de inmediato, que ya veis lo que os pasa por esa extraña costumbre vuestra de dormir a cielo abierto.

OTTON II.- (Malhumorado.) Bien, vale.

HAIY ABBAS.- Majestad, el mal que aqueja a vuestro hijo no es achacable al relente ni a inclemencia alguna. Que, de ser así, ya le habríamos sacado los humores malignos. **(A OTTON II.)** Lo más probable es que bebierais en algún arroyo pestilente. **(A ADELAIDA.)** Y eso fue, sin duda, lo que lo infeccionó.

ADELAIDA.- No es menester un físico para que averigüe cómo se originan los males, sino para que los remedie.

(TEOFANÍA y HAIY ABBAS intercambian miradas de complicidad y paciencia.)

HAIY ABBAS.- Hasta donde alcanza mi farmacopea, vuestro hijo está siendo tratado con los remedios más eficaces. **(Acercándole el cuenco a OTTON II.)** Bebed de este recuelo de capuchinas que, a buen seguro, os mitigará el dolor de tripas.

OTTON II.- **(Tras beberlo de mala gana y con cara de asco.)** Harto me tenéis con tanta pócima y tanto brevaaje.

28

HAIY ABBAS.- No es agua de anís, pero, conforme discurra por los intestinos, os irá calmando los retortijones.

(Y sale llevando consigo el cuenco y el infiernillo.)

TEOFANÍA.- De sobra sabéis que no hay físico mejor en todo el oriente. **(Intenta arreglarle los cobertores.)**

OTTON II.- No me arropéis vos también, que entre ambas vais a conseguir que muera de un sofoco.

TEOFANÍA.- La ciencia ayuda, pero vos también debéis poner de vuestra parte. **(Dice al tiempo que le sube el embozo.)**

ADELAIDA.- **(Disputándole la soberanía de los cobertores.)** Dejad, ya le arropo yo.

OTTON II.- **(Airado.)** ¡Queréis dejarme en paz? **(Y se incorpora desarropándose hasta la cintura.)**

ADELAIDA.- ¡Válgame Dios, que no tenéis arreglo!

(Sin ser anunciado, entra apresuradamente GERBERTO DE AURILLAC.)

GERBERTO.- Majestad.

OTTON II.- ¿Cómo es que habéis tardado tanto?

GERBERTO.- Me puse en camino en cuanto recibí vuestro llamado. **(Saluda a las damas.)** Majestades. **(Pregunta a ambas.)** Y, ¿qué es lo que os sucede?

OTTON II.- Lo que no pudieron las lanzas sarracenas lo consiguió el agua de un arroyo.

TEOFANÍA.- Una infección maligna que le sobrevino a causa de algún despojo pútrido que cayera en el cauce.

ADELAIDA.- Eso dice el galeno, aunque yo estoy en que no es sino una destemplanza por esa manía suya de dormir a la intemperie.

OTTON II.- Lo cierto es que me voy.

GERBERTO.- No podéis decir eso. Tiene que haber remedios.

OTTON II.- La mano de Dios tapa los ojos del físico para que la ciencia no se oponga a sus designios.

TEOFANÍA.- Y si al menos se dejara cuidar...

ADELAIDA.- Ya sabéis como es de testarudo.

OTTON II.- Digno hijo de su madre. **(Ríe sin que nadie le siga y, tras silenciar su risa, se dirige a las reinas con voz serena y conciliadora.)** Y ahora dejadnos, que he de hablar en privado con el Abad.

(ADELAIDA y TEOFANÍA salen en silencio.)

OTTON II.- Es llegada mi hora.

GERBERTO.- ¿Tan mal os encontráis?

OTTON II.- Os he mandado venir porque quiero nombraros preceptor de mi hijo.

GERBERTO.- Pero vuestro hijo tiene magníficos preceptores.

OTTON II.- Así es, y van a seguir a su cuidado.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON II.- **(Con orgullo.)** Teníais que haberle visto en Verona cuando le nombré mi sucesor. Qué aplomo, con qué soltura se desenvolvía; y eso que sólo tiene tres años. «Mirabilia Mundi» le llaman, y no es para menos.

GERBERTO.- Será un gran emperador, aunque habrá de pasar mucho tiempo antes de que eso ocurra.

30

OTTON II.- No pretendo que lo instruyáis en el trivium y el cuadrivium, como hicisteis conmigo. Lo que necesita es un preceptor que lo forme como gobernante, ya que, por desgracia, no podré ser yo quien lo haga. Quisiera legarle a mi hijo la tarea de consolidar el Imperio, de lograr la unión de la Cristiandad, y quién mejor que vos para ese cometido. **(Pausa.)** Sorprendente, ¿verdad?, el modo en que los hechos siguen su propia lógica: vuestra fue la idea, y fuisteis vos quien persuadió a mi padre para que la asumiera; luego, al abdicar, fue él quien me la legó a mí; y ahora, ironías del destino, sois de nuevo vos el encargado de inculcar ese afán en el tercero de los Ottones.

GERBERTO.- ¿No estáis precipitando los acontecimientos?

OTTON II.- El cuerpo reconoce la llamada de la tierra.

(GERBERTO hace ademán de reprocharle y OTTON II le silencia con un gesto.)

Tras mi muerte, serán muchas las presiones que se ejercerán sobre el heredero. Ya he dispuesto que sea mi esposa, Teofanía, quien se haga cargo de la regencia. **(Bromea.)** Así que cuando se abran los testamentos tendré que oír a mi madre, pues, a buen seguro, pondrá el grito en el cielo.

(Ambos ríen.)

Confío en que se conforme con el gobierno de Italia. También me inquieta el duque de la Borgoña, aunque ya puse sobre aviso al Consejo de la Regencia. Son éstas, pues, cuestiones, si no resueltas, al menos previstas. Sí quisiera encomendaros que, cuando esté en edad, le alertéis contra Crescenzo.

GERBERTO.- Creía que era asunto resuelto. ¿No se había enclaustrado?

31

OTTON II.- Tuvo el cinismo de retirarse a un monasterio. Cuando corrió el rumor de que me dirigía a Roma al frente de la tropa, para ponerse a salvo, profesó de benedictino. Pero en cuanto tenga noticia de mi muerte, a fe que cuelga los hábitos, toma el mando de los nacionales y vuelve a campar por sus respetos.

GERBERTO.- ¡Maldición de enemigo!

OTTON II.- Os recomendaría una alianza con el partido de los bizantinos, pero no quisiera condicionaros con el consejo, que la política ha de hacerse cada día, y lo que hoy parece oportuno, mañana pudiera resultar inconveniente.

GERBERTO.- Así es, que la mudanza humana llega a extremos tales que un mismo hombre, en su vejez, bien pudiera ser enemigo de aquel que fue en su juventud; si el tiempo le jugara la treta de enfrentarlo a sí mismo. **(Pausa.)** Y si hasta la persona más sencilla cambia de carácter con sólo recibir una afrenta, cuánto más cuando se trata de gentes avezadas en la intriga y la conspiración.

OTTON II.- A ese buen juicio vuestro deseo encomendar el cuidado de mi hijo. **(Pausa.)** Hace años que acaricio la idea de ofrecer el solio pontificio.

GERBERTO.- **(Sorpresa, satisfacción contenida, perplejidad, gran perturbación.)** Yo...

OTTON II.- Dejadme acabar. Siguiendo vuestro plan, me proponía reconstruir el Imperio Carolingio para, más adelante y emulando a Constantino, alcanzar la unión con Bizancio. Era la gran obra con la que confiaba culminar mi reinado. No podrá ser así. Ni es éste el momento de abordar tan grande empresa. Mas tal vez con vuestra ayuda pueda lograr mi hijo lo que la muerte me niega, y al fin sea llegado el día en que, desde Santiago a Jerusalem, la Cristiandad sea una, bajo la autoridad de un solo Papa y un solo Emperador; ambos unidos en la Ciudad de Roma.

(Oscuro.)

32

Escena V

(Reims, 994 d. C.)

GERBERTO, Arzobispo de Reims, conversa en el refectorio con los ARZOBISPOS DE SENS, TOURS y BOURGES.

ARZOBISPO DE SENS.- Aún podría llegar, aunque, al ver vencida la tarde, tal vez se haya hospedado en San Remigio.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Y quién nos asegura que no fue muerto en Roma? Pudieron tenderle una emboscada.

ARZOBISPO DE SENS.- No adelantemos acontecimientos. Es mucho camino y...

ARZOBISPO DE TOURS.- Hace setenta y tres días que partió de Reims. Tiempo más que suficiente.

ARZOBISPO DE SENS.- Pudo entretenerse.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¡A descansar?

GERBERTO.- Esperaremos diez jornadas más y, si en ese tiempo no regresa, enviaré en su busca.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Que habla con la boca llena.) Yo no me preocuparía.

ARZOBISPO DE TOURS.- Es manifiesto que no os preocupáis.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Máxime cuando ya sabemos de antemano cuál va a ser el resultado de su mediación.

ARZOBISPO DE SENS.- Tal vez debimos acudir al requerimiento del Pontífice.

33

GERBERTO.- (Levantándose de la mesa.) Hicimos lo que creíamos que teníamos que hacer, y de nada vale lamentarse ahora, una vez vistas las consecuencias. (Dirigiéndose al ARZOBISPO DE TOURS.) En cuanto a la demora, estoy con vos. Por las venas de los Crescenziós sólo corre veneno, y a poco que se asemeje al padre, creo capaz al hijo de cualquier acto innoble; así que no me parece descabellado pensar que hayan podido tenderle una emboscada.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Que no está dispuesto a dar por acabada la cena.) ¿No tendréis, por ventura, de aquellos pastelillos de almendra que os enseñaron a confitar en al-Andalus? ¿Cómo los llamabais?

GERBERTO.- (Con fastidio.) Alfajores.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Ah, sí, eso, alfajores.

GERBERTO.- Siempre suelo tener.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Ponderándose los.) Deliciosos. (A GERBERTO.) Deberíais dárselos a probar.

GERBERTO.- (Sin entusiasmo.) Mandaré que os obsequien.

(Sale del refectorio.)

ARZOBISPO DE BOURGES.- Ya veréis qué exquisitez.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Estallando.) ¡Por el amor de Dios! ¡Hay algo en este mundo capaz de haceros perder el apetito?

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Sin inmutarse.) Pues ciertamente, no. Y no porque el mundo en que vivimos carezca de atrocidades merecedoras de la más total inapetencia, sino por decisión y mérito propio, que lo tengo muy meditado, y no pienso negarme un solo deleite mientras no llegue el día en el que caiga víctima de esa traición que a todos amenaza.

GERBERTO.- (Entrando.) Ahora os los sirven.

34

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Y no sería más juicioso que emplearais esas energías, **(Señalando su obesidad.)** que obviamente os sobran, en defenderos de vuestros enemigos?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Los cambios de la fortuna poco tienen que ver con nuestro mérito. ¿Para qué esforzarme si, a la postre, no está en mi mano el impedir que otros cavén mi fosa?

ARZOBISPO DE TOURS.- Me exasperáis.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (A GERBERTO.) ¿O qué me decís si no de vuestro predecesor en el arzobispado?

GERBERTO.- Penoso.

ARZOBISPO DE SENS.- (Cunde el desánimo.)
Lamentable.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Con firmeza.) Era nuestro enemigo.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Lo que no impide que podamos sentir piedad. **(Por un momento, queda pensativo.)** Cuando nos suplicaba que intercediéramos ante el Consejo para que no le quitaran la vida, según le veía, maltrecho por las amputaciones, me puse en su lugar y, ¿sabéis qué fue lo que pensé? **(Pausa.)** ¿Eh?, ¿sabéis lo que pensé? **(Nueva pausa.)**

(Entra en la estancia un SIERVO portando una bandeja con dulces.)

ARZOBISPO DE BOURGES.- Pues pensé: **(Tomando, al paso, un alfajor.)** hasta que realmente no esté en su lugar -lo que, por otra parte, puede ocurrir en cualquier momento-, comeré tantas confituras como mis amigos tengan la amabilidad de ofrecerme. **(Y lo come.)** Exquisito.

ARZOBISPO DE TOURS.- **(Desistiendo.)** Envidio vuestra calma. **(Y se acerca a la ventana.)**

(El SIERVO deja la bandeja sobre la mesa y sale.)

35

ARZOBISPO DE SENS.- La situación es en extremo imprevisible: los amigos te traicionan, los enemigos te respaldan... **(A GERBERTO.)** ¿Quién iba a suponer que los mismos que os negaban el arzobispado serían quienes, pasado el tiempo, os propondrían para la sede de Reims? **(Por el ARZOBISPO DE BOURGES.)** La verdad es que no le falta razón.

ARZOBISPO DE BOURGES.- ¿Que no me falta razón? ¡Claro que no me falta razón! Los capetos, los carolingios, los bizantinos, los germanos, los borgoñeses...

ARZOBISPO DE SENS.- Y los Crescenzios.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Sí, claro, ¿cómo no? Y los Crescenzios. **(Breve pausa.)** Cualquiera puede conspirar con cualquiera y si cualquiera no te informa a tiempo **(Señalándose.)** cualquiera puede, en cualquier momento, **(Señalándolos.)** ser muerto por cualquiera.

ARZOBISPO DE SENS.- Desde que el borgoñés secuestró al heredero, e incluso desde antes, desde que los carolingios intentaron anexionarse la Alsacia y la Lorena, el Imperio se agita como si estuviera en los estertores.

GERBERTO.- Ya me lo advirtió el Emperador en su lecho de muerte: mientras que el heredero no alcance la mayoría de edad, será difícil someter a los tributarios. Y sí, me lo advirtió, pero ¿qué puedo hacer? Yo sólo soy su preceptor.

ARZOBISPO DE SENS.- Pues habrá que enfrentarse a los consejeros si no queremos asistir a la desmembración del Imperio. Algo habrá que hacer, alguien tendrá que apaciguarlos, y ¿quién mejor que vos?

ARZOBISPO DE BOURGUES.- (Con la boca llena.)
Cierto. Fuisteis su maestrescuela.

GERBERTO.- ¿Cabe mayor fracaso? Condes, reyes -incluso el Emperador-, me encomendaron la educación de sus hijos y, pese a haberles inculcado el principio de la unidad, en cuanto vuelven a sus feudos, ya veis como se enfrentan. **(Pausa.)** Os confieso que me siento cansado.

ARZOBISPO DE SENS.- Esperemos que la coronación del heredero acabe con tanto desmán y tanto despropósito.

36

GERBERTO.- Desde que tenía tres años, cuento los días que faltan para que cumpla los dieciséis. **(Pausa.)** Añoro el sosiego de los años de estudio. **(Nueva pausa.)** Y la música. De buen grado lo dejaría todo para volver a trabajar en el órgano.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Qué nuevo invento es ése?

GERBERTO.- Un ingenio a vapor, con igual fundamento que el de la sirena que ya conocéis.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Desde la ventana.) Atended un momento.

(Se escucha cómo un carruaje se detiene frente a la puerta.)

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Será él?

GERBERTO.- ¿Y quién si no a estas horas?

ARZOBISPO DE TOURS.- Alabado sea Dios. Llegué a temer... supongo que lo peor.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Al tiempo que coge otro alfajor.) Deberíais aprender de mí. **(Y se lo zampa de un solo bocado, por lo que sigue hablando con la boca llena.)** Los males no se evitan por el hecho de temerlos, mientras que el temor ya es un mal en sí.

ARZOBISPO DE TOURS.- (Al arzobispo de Sens.)
Me exaspera.

(Entra AIRARDO con gesto contrariado.)

GERBERTO.- Temíamos que os hubiera ocurrido algo.

AIRARDO.- Seguí vuestro consejo y tomé precauciones. Durante la estancia -tardó cuatro días en recibirme- apenas si me dejé ver. Y luego, tras la audiencia, emprendí el viaje por sorpresa para evitar una posible emboscada...

37

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Y bien?

AIRARDO.- Excomulgados...

ARZOBISPO DE SENS.- ¡Maldito...!

ARZOBISPO DE BOURGES.- Era de esperar...

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿En qué términos?

AIRARDO.- Se ratificó: el rey, los arzobispos, los sufragáneos; todos los que asistimos al concilio hemos sido excomulgados temporalmente.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Le expusisteis que estábamos dispuestos a reconsiderar nuestra actitud y que, si aún lo deseaba, acudiríamos a su requerimiento?

AIRARDO.- Claro que se lo expuse; a eso fui. Pero su decisión es firme.

GERBERTO.- Ni fue suya esa decisión, ni es suya esa firmeza. Quien nos excomulga es Crescenzo, que el Papa no es sino un pelele que utiliza a su antojo.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Ciertamente, y no se lo reprocho. Es más, yo en su lugar...

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿En su lugar? (**Enérgico.**) En vuestro lugar es donde deberíais ponerlos, en vez de pasaros la vida poniéndolos en el lugar de los demás.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Es comprensible que no quiera acabar como sus predecesores: a Juan XIV lo estuvieron torturando en Sant'Angelo hasta que murió; y a Bonifacio, que murió envenenado, lo arrastraron desnudo por las calles de Roma y lo abandonaron insepulto a los pies de la estatua de Constantino.

ARZOBISPO DE TOURS.- Bonifacio era un antipapa.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Por muy antipapa que fuera. No está bien. No son modales.

ARZOBISPO DE SENS.- Causa pavor tenerlo que admitir, pero conservar la vida en la Silla de Pedro durante más de un año es toda una proeza.

38

ARZOBISPO DE BOURGES.- (Al ARZOBISPO DE TOURS.) Lo siento, pero yo, (**Con énfasis.**) en su lugar, excomulgaría cuantas veces me lo pidieran.

GERBERTO.- Huid del hereje, huid del hombre que se aparta de la Iglesia; eso dicen las Escrituras y eso es lo que voy a hacer. (**Pausa.**) Bien sabéis que nunca atenté contra la autoridad del Pontífice, pero si el Vicario de Cristo no es más que un vasallo de Crescenzo, ni le debo obediencia ni tengo por qué acatar su excomunión. (**Pausa.**) Más de un siglo lleva el solio pontificio a la merced del más audaz o del mejor postor, sin que se vislumbre la solución para acabar con tanta ignominia.

ARZOBISPO DE BOURGES.- (**Displicente.**) Tal vez la solución consista en ser el mejor postor.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Qué nuevo disparate es éste?

ARZOBISPO DE BOURGES.- ¿A qué debe Crescenzo su influencia? A su inmensa fortuna. ¿O no? Pues seamos ricos y poderosos, y no sólo podremos ser Papas, sino que incluso seremos nosotros quienes los nombremos. Así de fácil.

ARZOBISPO DE TOURS.- Por favor, no estamos para bromas.

GERBERTO.- (Respondiendo al ARZOBISPO DE BOURGES.) Tal es la situación a la que hemos llegado. No es que seamos mercaderes a las puertas del templo, es que es el templo mismo lo que está puesto en venta. (Bromeando.) Ideas, por favor. ¿Conoce alguien el modo de conseguir oro en abundancia, como para doblegar la voluntad de los partidarios de Crescenzo?

AIRARDO.- (Tras un largo silencio, dice tímidamente.) En uno de los viajes que hice a al-Andalus para compraros libros de aritmética, tuve en mis manos un legajo con varios papiros muy deteriorados, todos escritos tal como lo hacían los antiguos egipcios, y otros tantos pergaminos, estos en mejor estado, en los que se contaba en lengua árabe cómo los papiros habían sido salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría, y cómo en ellos se contenía una ciencia capaz de construir la cabeza de oro de la que, al parecer, se derivaban todas las riquezas.

39

(GERBERTO escucha petrificado.)

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Pero es que vamos a acabar la velada contando historias?

ARZOBISPO DE BOURGES.- No me parece mala idea.

AIRARDO.- La addenda la firmaba otro egipcio, y la fechaba hará unos ciento cincuenta años. Lamento haber olvidado su nombre, aunque sí creo recordar que bajo la firma añadía «Señor de los peces».

GERBERTO.- (Vivamente contrariado.) ¿Y cómo fue que no os hicisteis con ese legajo?

AIRARDO.- (Desconcertado.) No sé, no era ése vuestro encargo. Además, ya no estaba en venta, que lo habían adquirido para la biblioteca de Al-Hakam.

ARZOBISPO DE SENS.- Pues alguien más ha debido de leer ese legajo, porque se rumorea de algún desesperado que, acuciado por las deudas, trató de convertir metales innobles en monedas de oro.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Cuando lo acostumbrado es convertir monedas de oro en actos innobles.

(Risas generales de los presentes, con excepción del ARZOBISPO DE TOURS, adusto, y de GERBERTO, preocupado.)

ARZOBISPO DE TOURS.- Es inconcebible cómo en una situación así podéis comportaros de modo tan irresponsable.

GERBERTO.- Lo que no entiendo es cómo no me disteis noticia de ese hallazgo.

AIRARDO.- Iba recogiendo documentación para vuestro astrolabio. Aritmética y astrología me dijisteis, lo recuerdo muy bien, y nada que no se atenga a esas materias.

GERBERTO.- Aun así, debisteis informarme.

40

AIRARDO.- No sé, no le di importancia. Y si me vino ahora a la memoria, fue por las bromas que hicisteis sobre el oro.

GERBERTO.- (A AIRARDO.) ¿Recordáis si el pergamino hacía referencia a la diosa Isis?

ARZOBISPO DE TOURS.- ¡Oh, no! Dioses paganos, no.

AIRARDO.- Es posible, aunque no estoy seguro. Creedme que lo siento. De haber sabido...

GERBERTO.- Dejadlo. Es igual.

ARZOBISPO DE SENS.- ¿Acaso creéis que pueda tener alguna relación con aquella Cabeza del Diablo que buscabais en vuestra juventud?

GERBERTO.- Pudiera ser. **(Pausa.)** Tal vez la Cabeza sea sólo eso: un libro. **(Reacciona.)** ¿Pero cómo sabéis vos...?

ARZOBISPO DE SENS.- Vos mismo me lo contasteis...

ARZOBISPO DE TOURS.- **(Poniéndose en pie.)** Si vais a continuar desvariando, me retiro.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Os tomáis la vida demasiado en serio.

ARZOBISPO DE TOURS.- Totalmente en serio. **(Inicia la salida, mas se detiene junto a la puerta.)** ¿O cómo si no he de tomármela en esta hora de infortunio?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Pues deberíais aprender a reiros de vuestras desgracias.

ARZOBISPO DE TOURS.- ¿Reír, cuando nos han excomulgado?

ARZOBISPO DE BOURGES.- Entre todas las criaturas, sólo al hombre le ha dado Dios la facultad de reír.

ARZOBISPO DE TOURS.- Al hombre y a la hiena.

ARZOBISPO DE BOURGES.- Cierto, y a la hiena. Sin duda el Creador, en su infinita misericordia, nos compensó así, tanto a ellas como a nosotros, de tener que vivir entre la carroña.

(Oscuro y telón.)

41

ACTO II

Escena I

(Córdoba, 997 d. C./381 H.)

GERBERTO entra en el salón de recepciones de Medina al-Zahira, precedido por un MAYORDOMO.

MAYORDOMO.- Esperadle en esta cámara, que él vendrá a vuestro encuentro.

GERBERTO.- **(Con incredulidad.)** ¿Yusuf vive aquí?

MAYORDOMO.- ¡Oh, no! Ésta es la residencia de Almanzor. El Visir tiene su palacio junto a la Ceca.

GERBERTO.- (Para sí.) Una ascensión meteórica.

MAYORDOMO.- ¿Cómo decís?

GERBERTO.- No, nada.

MAYORDOMO.- Pues, si me autorizáis, voy a informar al Visir de que le estáis esperando.

(Sale el MAYORDOMO, y GERBERTO queda a la espera, curioseando por la estancia. Al momento, llega YUSUF, ricamente ataviado.)

YUSUF.- (Tendiéndole los brazos.) Amigo Gerberto.

GERBERTO.- (Asiéndole por los antebrazos.) Yusuf. Os veo espléndido. No diré que parecéis un Visir porque ya sé que lo sois.

42

YUSUF.- Venís de la Galia, según me han dicho.

GERBERTO.- De Reims. Un viaje agotador. Y muy distinto de aquel que hicimos desde Tarragona. Los años, supongo.

YUSUF.- No me lo recordéis. Yo hace tiempo que tuve que dejar las caravanas; con lo que me gustaban. Por el lumbago. **(Aclarándole.)** Del vaivén de los camellos.

(Gesto de extrañeza de GERBERTO.)

YUSUF.- Es que dejé el comercio de esclavas en manos de un pariente; y ya no viajaba a Cataluña, como antaño, sino al Sahara. Muy duro lo de los camellos. Y qué calores.

GERBERTO.- ¿Y cómo fue que mudasteis de negocio para empeorar?

YUSUF.- Almanzor, que al hacerse cargo de la tutela del Califa, me encomendó el control de las rutas del oro. A mí, como comprenderéis, jamás se me hubiera ocurrido, pero debía acompañar al amigo en su ascenso. Y no es que me queje, no; el oro da nivel, **(Con intención.)** aunque siempre las esclavas...

GERBERTO.- Ya veo que no habéis cambiado.

YUSUF.- **(Bromeando.)** ¿Cómo que no he cambiado? Ahora soy Visir. Y de finanzas.

GERBERTO.- Vaya con Yusuf.

YUSUF.- Pero habladme de vos. ¿Continuáis en Bobbio?

GERBERTO.- Tuve que marcharme. Los italianos suelen ser muy hostiles con los extranjeros. Además, la abadía había sido esquilada, y era tal la penuria que hasta llegamos a pasar hambre. Así que regresé a Reims. **(Pausa.)** Al principio no me fueron mal las cosas. Incluso me nombraron arzobispo.

YUSUF.- Nunca os hubiera imaginado hombre de Iglesia.

GERBERTO.- Aunque duró poco. Me excomulgaron.

YUSUF.- Vaya, lo siento.

43

GERBERTO.- Intrigas y traiciones. Nada nuevo. **(Pausa.)** Ahora, ¿cómo es que no sabíais que había regresado a Reims? ¿No os lo dijo un mandatario que envié a comprar libros?

YUSUF.- ¿Un frailecillo tímido?

GERBERTO.- El mismo. Y de él quería hablaros.

YUSUF.- Sí, claro, ahora recuerdo. ¿Y os ha creado problemas la excomuni6n?

GERBERTO.- Más de los que suponía. Pues a pesar de que tengo el apoyo del Emperador -no en vano fui su preceptor-, últimamente todo el mundo me hacía el vacío, nadie me hablaba y hasta mis amigos me rehuían.

YUSUF.- No hay nada peor que caer en desgracia. **(Pausa.)** Habéis hecho bien en venir, que aquí seréis bien acogido.

GERBERTO.- No pretendo...

YUSUF.- Almanzor viene ahora hacia acá, que aunque está muy atareado con los preparativos de la fiesta, lo dejará todo para saludaros. Ya sabéis que hoy es un día muy especial para él.

GERBERTO.- Estoy enterado. Rendí jornada en San Cugat, y allí me informaron de la conquista de Compostela. A punto estuve de regresar a Reims.

YUSUF.- Pero ¿por qué?

GERBERTO.- ¿No os parece humillante? El saqueo de Santiago ha sido una afrenta a toda la Cristiandad.

YUSUF.- Imperativos de la política. Gestos necesarios para mantener el prestigio.

GERBERTO.- Pues en San Cugat aún no se han rehecho de los incendios y desmanes con los que os prestigiasteis hace doce años.

YUSUF.- La guerra es así, pero eso no tiene por qué afectar en nada a nuestra amistad. Almanzor os considera un amigo.

GERBERTO.- ¿También va a humillarme con su magnanimidad?

44

YUSUF.- Tonterías. De puertas adentro, Almanzor es un hombre sencillo. Nada que ver con el Almanzor de las victorias. Quisiera que lo hubieras oído contar cómo nos retiramos de Santiago. Con qué gracia lo cuenta.

GERBERTO.- ¿Acaso ocurrió algo digno de mención?

YUSUF.- ¿No os habéis enterado?

GERBERTO.- Pues no.

YUSUF.- Diarreas.

GERBERTO.- (Divertido.) ¿Diarreas?

YUSUF.- (Riendo abiertamente.) Diarreas. **(Tras calmar la risa.)** La ciudad se tomó sin entablar batalla, que huyeron dejando las puertas a su merced. Sin embargo, durante el saqueo, tuvimos problemas con los mercenarios cristianos. Se oponían a que entráramos en la catedral, y no hubo más remedio que matarlos. **(Quitándole importancia.)** Ya sabéis cómo son estas cosas. **(Pausa.)** El caso es que a Almanzor se le ocurrió traerse las campanas para adornar la Mezquita -precisamente es hoy cuando las cuelgan- y, como tardamos varios días en bajarlas y aparejarlas para el viaje, dimos lugar a que se descompusieran los cadáveres. Y con su putrefacción, llegaron las infecciones. Así que ahí nos tenéis, invictos y gloriosos, cruzando la península mientras perdíamos la salud por las patas abajo.

GERBERTO.- (Riendo.) No es, no, una imagen muy aguerrida.

YUSUF.- (Riendo a más no poder.) No, no lo era.

GERBERTO.- (Olfateando.) Ni tampoco el rastro que ibais dejando debía oler a rosas.

YUSUF.- Vos no le digáis nada mientras él no os cuente; no sea que le cojáis en un mal momento. Pero ya veréis, ya, como hace referencia; que lo cuenta con una gracia...

GERBERTO.- (Limpiándose las lágrimas de la risa.) Lo cierto es que hice de tripas corazón y me vine para acá; pues hay asuntos que no se pueden demorar. ¿Recordáis que os prometí que vendría en cuanto encontrara la Cabeza del Diablo?

45

YUSUF.- (Asombrado.) No me digáis que la habéis encontrado. ¡Diablo de hombre!

GERBERTO.- Aún no la tengo en mi poder.

YUSUF.- Ya me extrañaba.

GERBERTO.- Pero ahora sí sé dónde encontrarla.

YUSUF.- No iréis a decirme que está en Córdoba.

GERBERTO.- Ésas son mis noticias.

YUSUF.- (Bromeando.) ¿La fuente del oro manando junto a mí, y yo, Visir de Finanzas, sin enterarme?

GERBERTO.- Estoy hablando en serio.

YUSUF.- No bromeo. **(Y continúa bromeando.)** Desde que el Califato Fatimí redujo su comercio en tierras del Magreb, la inflación se ha disparado a tal extremo que, de seguir así, acabaremos haciendo los dirham de oro sin oro. Conque figuraos si es para bromear que gracias a vuestro Bafomet pudiéramos cuadrar los presupuestos.

GERBERTO.- Podéis reiros cuanto queráis, pero tengo motivos para pensar...

(Entra en la estancia BEN ABI AMIR-ALMANZOR, ricamente ataviado, sin que el paso del tiempo le haya afectado visiblemente.)

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Dónde está ese cristiano que se atreve a entrar en la Medina al-Zahira como si fuera el Califa?

GERBERTO.- **(Algo más seco, aunque afectuoso.)** Una residencia fastuosa, que haría palidecer a cuantas se alzan a las orillas del Tigris.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Puede que desmereciera junto a los palacios de Bagdad, pero iguala y supera a la Medina al-Zahara.

46

GERBERTO.- Os desconocía la modestia.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- **(Ríe.)** También yo me la desconocía.

GERBERTO.- **(Refiriéndose a la estancia.)** Os felicito.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Necesidades del poder, que nada conviene tanto al gobernante como la evidencia de su fortuna. Aunque no creáis que es fácil mantener este ritmo de vida.

GERBERTO.- **(Irónico.)** Sí, la riqueza conlleva muchos sacrificios.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Os veo algo cansado.
¿El viaje, quizás?

GERBERTO.- Y la vida.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Sí, ya estoy enterado.

GERBERTO.- ¿Enterado?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- De vuestros problemas.

GERBERTO.- No os comprendo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Confiabais en que cuando vuestro pupilo fuera coronado Emperador, os nombraría Papa. Pero os excomulgaron.

YUSUF.- ¿Vos sabíais...?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (A YUSUF.) Puntualmente. (A GERBERTO.) Y, llegado el momento de la canonización, bien por vuestra situación, o tal vez por afecto a su primo, Otton se inclinó por Bruno de Carintia, hoy ya conocido como Gregorio V.

GERBERTO.- Me sorprendéis. No os suponía tan bien informado.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Un gobernante no es nada sin sus informadores.

GERBERTO.- Debería venir por al-Andalus con más frecuencia. Para aprender.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Las más de mis victorias se las debo a ellos, que con el enemigo importa tanto tratarlo con fastuosidad para disuadirlo como estar al corriente de sus flaquezas para, llegado el caso, derrotarlo.

GERBERTO.- De lo primero ya tenía referencia, que me relataron el protocolo que desplegasteis ante el Rey de Navarra cuando vino a negaros el tributo e, impresionado por tanto esplendor, no sólo se ratificó como tributario del Califa, sino que además, y en prenda de su vasallaje, os entregó a su hija Blanca para vuestro harén.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Ahora soy yo el sorprendido. ¿También vos tenéis informadores?

GERBERTO.- Siempre me interesé por lo que ocurre en al-Andalus. Y suelo preguntar a cuantos viajan hasta aquí.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Tendréis noticia entonces de la conquista de Compostela.

GERBERTO.- Ha sido una humillación innecesaria. Una afrenta a la Cristiandad.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Mantener como tributarios a todos y cada uno de los reinos de la península requiere además cierta exhibición de fuerza. He de procurar la debilidad de mis enemigos, bien sea con fastos o bien con campañas. Como veis, son muchos los cabos de la urdimbre en la que se teje el poder.

GERBERTO.- En apariencia, apenas si habéis cambiado. Pero oyéndoos hablar no reconozco en vos a aquel comerciante que me introdujo en la biblioteca del Alcázar.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Mal asunto si el hombre que gobierna el Califato pensara igual que aquel joven inmaduro que luchaba por abrirse camino.

GERBERTO.- Y a fe que os lo habéis abierto, aunque bien distinto. Que en aquel entonces soñabais con impartir justicia en la Mezquita aljama.

48

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Y lo logré, que fui Cadí de la cora de Sevilla; pero no me detuve ahí, y hoy, gracias a mi esfuerzo, el templo mayor del Islam resplandecerá iluminado por lámparas que fueron campanas de la Cristiandad. La vida, como veis, no sólo cambia las cosas sino también a las personas. ¿O es que vos no habéis cambiado?

YUSUF.- ¡Qué va a cambiar! ¿Sabéis lo que me estaba diciendo cuando habéis llegado? Que sigue buscando la Cabeza del Diablo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Increíble.

YUSUF.- Qué perseverancia, ¿verdad?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Más que perseverancia, obstinación.

GERBERTO.- **(Incómodo por el modo en que se produce la conversación.)** En realidad, ya no la buscaba cuando la encontré. **(Apresuradamente.)** No es que la tenga en mi poder, pero creo saber dónde está.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Y... ¿Puede saberse dónde está?

GERBERTO.- La tenéis vos.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- **(Divertido.)** ¿Yo?

GERBERTO.- Perteneció a al-Hakam, luego es lógico pensar que esté entre las propiedades de su hijo, y por tanto bajo vuestro control.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- **(Con sorna.)** Por favor, explicaos. A ver si va a resultar que poseo la forma de conseguir oro sin tener que asfixiar a la población con tasas y arbitrios, y yo, que presumo de saber todo lo que ocurre desde Damasco hasta Normandía, vivo ignorante de poseer pieza tan prodigiosa.

GERBERTO.- Durante mucho tiempo pensé ingenuamente que la Cabeza del Diablo era eso: una cabeza; cuando, en realidad, se nombra así a aquello que de la cabeza se deriva, es decir, su pensamiento, su idea. Algo que sólo se podía materializar en un libro y que, finalmente, resultó ser un legajo.

Unos cuantos papiros y algunos pergaminos, al parecer salvados del incendio de la Biblioteca de Alejandría. **(Pausa.)** Uno de mis mandatarios, que viajaba con el encargo de comprar libros de matemáticas y astronomía, presencié cómo un mayordomo de palacio lo adquiría en el zoco para la biblioteca del Califa.

(BEN ABI AMIR, ALMANZOR y YUSUF cruzan miradas significativas.)

YUSUF.- ¿Estáis seguro?

GERBERTO.- Así me lo contó, y no tengo motivos para dudar.

YUSUF.- Digo que si estáis seguro de que ésa sea la cabeza que buscabais.

GERBERTO.- A eso he venido, a cerciorarme. (A ALMANZOR.) Y es lo que espero hacer si me dais vuestra autorización para examinar el legajo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Y qué os hizo pensar que, de tener en mi poder semejante tesoro, iba a compartirlo con vos?

GERBERTO.- De nada vale poseer lo que no se sabe mirar. Por otra parte, es un derecho que creo haberme ganado con mi esfuerzo.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Pues mucho me temo que vuestro esfuerzo haya sido inútil.

GERBERTO.- ¿Vais a negarme la autorización?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Hará unos meses, mandé quemar la biblioteca.

GERBERTO.- (Fuera de sí.) ¡Habéis quemado la biblioteca del Alcázar?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Yo, no es que tuviera el menor interés, pero los Alfaquíes se empeñaron en que había que deshacerse de todos esos libros si no queríamos que sus ideas corrompieran a nuestra juventud. Y... ya sabéis cómo son de dogmáticos los hombres de Iglesia. Insistieron tanto que, para granjearme sus simpatías -en política cualquier apoyo es siempre necesario-, accedí.

GERBERTO.- (Incrédulo e indignado.) ¿Habéis quemado cuatro mil volúmenes?

(YUSUF le tira de la ropa para que se modere.)

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- No, todos no. Sólo fue un expurgo: filosofía, alquimia, astronomía... Con los de medicina, matemáticas y religión, no lo consideraron necesario.

GERBERTO.- Pero eso es un crimen, mayor incluso que el de vuestras tropelías.

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Fríó.) ¿Habéis venido a mi casa para insultarme?

GERBERTO.- Un atentado, eso es lo que es.

YUSUF.- (Tirándole.) Conteneos.

GERBERTO.- Habéis asesinado la memoria de la humanidad. ¡Córdoba, que era la guía del mundo por su sabiduría, convertida en hoguera!

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- (Impasible.) Creo que dais excesiva importancia a unos simples códices.

GERBERTO.- ¿Excesiva importancia, cuando todo el saber ha sido aniquilado?

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Estaría escrito que ese legajo vuestro acabara en el fuego. Y puesto que ya se salvó de la quema en Alejandría, os repetiré las palabras que pronunció Omar tras incendiar su biblioteca: «Si esos libros decían lo mismo que el Corán, eran innecesarios; y si era contrario, eran intolerables».

(Indicando a YUSUF que le siga.)

51

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- Y ahora hemos de dejaros, pues debemos acudir a la Mezquita para supervisar los últimos detalles. Espero tener ocasión de veros con más calma antes de vuestro regreso.

(ALMANZOR inicia la salida seguido de YUSUF, deteniéndose ambos al ser interceptados por GERBERTO.)

BEN ABI AMIR, ALMANZOR.- ¿Sí?

GERBERTO.- Sólo quería desearos que mejorara de vuestra diarrea.

(Y aún continúan enfrentados cuando se hace el oscuro.)

ESCENA II

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

En una cueva de la Tebaida cordobesa, ABEN MASARRA y GERBERTO conversan, sentados en el suelo, el uno frente al otro.

ABEN MASARRA.- ¿Y quién os sugirió que hablarais conmigo?

GERBERTO.- Cuando supe que el legajo había sido destruido, tentado estuve de regresar a Aquitania, dando así el esfuerzo por perdido. Pero pensé: si son libros que corrompen, alguien se habrá corrompido. Se trataba, por tanto, de encontrar a los «apestados» que lo leyeron. Y con tal propósito pasé varios días merodeando junto a la Mezquita, por ver si averiguaba qué gentes mantenían posturas contrarias al dogma. Y así fue como

di con un grupo de malakíes que, ricamente ataviados, discutían sobre los dictados de la moda. Pretendían, los muy insensatos, cambiar el sistema revolucionando el modo de vestir. Estos, me dije, mal pueden conocer los secretos de la Cabeza del Diablo; pues, según se desprendía de la vaciedad de sus palabras, más parecían interesados en descifrar los enigmas de su Culo.

52

(Ambos sonrían.)

ABEN MASARRA.- Manifiestan su descontento con mesura para así gozar de cierta benevolencia, cuando no para obtener algún beneficio en pago por su moderación. Ignoran, o tal vez prefieran ignorar, que con su actitud de agitadores oficiales, lo único que consiguen es consolidar el Califato.

GERBERTO.- Cierto. De hecho, los encontré en el Patio de los Naranjos como si fueran una nueva ampliación de la Mezquita aljama: todos de punta en blanco; que más parecían columnas sustentando en el aire, a modo de arcos y florituras, sus pueriles ideas, que no el germen de una revolución. **(Pausa.)** Sencillamente ridículos.

ABEN MASARRA.- Ridículos, sí; pero también peligrosos. Pues suelen ser gentes dispuestas a defender lo contrario de lo que proclaman a poco que el poder les tienda una mano. Lo cual evidencia que su descontento no se debe a cómo la sociedad está organizada, sino al hecho de no ser ellos quienes la organizan.

GERBERTO.- Hablé también con un grupo de esclavos cuyo malestar, al parecer, se debía a que el ascenso de los bereberes les había hecho perder influencia. Al menos allí, la cuestión era clara y no engañaban a nadie. Aunque tampoco serían ellos, pensé, quienes me dieran noticia del libro. **(Pausa.)** Sin embargo, fue en una de sus tertulias donde, por primera vez, oí hablar de la Escuela de Pechina. Ignoraba entonces que fueran seguidores de Aben Masarra. Los comentarios eran tan despectivos, los insultos tan viscerales, que su odio me hizo concebir esperanzas. Y ya me disponía a salir hacia Almería, cuando tuve conocimiento de que podía encontrar discípulos de Masarra sin necesidad de alejarme de Córdoba, pues, según me dijeron, aún seguían refugiándose en las ermitas de la sierra. Y así fue como encaminé mis pasos hacia aquí.

ABEN MASARRA.- Y no equivocasteis el camino, pues ciertamente tuve en mis manos ese legajo del que me habláis. Aunque hace mucho tiempo. **(Pausa.)** Lo escribió Dhu'l-Nun, el Egipcio, Maestro de muchos de nosotros. O el Señor de los Peces, como también se le conocía. Un hombre tan sabio, que era capaz de leer los jeroglíficos sin haber sido enseñado. El libro llegó a al-Andalus traído por un rabino, Moies ben Hanoch, quien, junto a su hijo, fue vendido como esclavo tras ser hecho cautivo en las costas de Sicilia; si bien ya en Córdoba, como era versado en lenguas, pronto encontró acomodo en la biblioteca de Palacio, de traductor; y así acabó sus días. Fue entonces, en tiempos de Abderramán, cuando el libro se extravió **(Dice con intención.)** Y estuvo en nuestro poder hasta que, hará unos años, **(Gesto de resignación.)** volvió a extraviarse. Ignoraba que hubiera ido a parar a la biblioteca del Alcázar y, por tanto, que lo hubieran destruido en el expurgo.

GERBERTO.- ¿Hablabas de la Cabeza del Diablo?

ABEN MASARRA.- No sabría decirlo. Hacía, sí, referencia a una cabeza dorada, que en ocasiones describía como un hombre con cabeza de ave.

GERBERTO.- ¿Una cabeza de gallina?

ABEN MASARRA.- No es así como lo recuerdo, sino más bien como un hombre con cabeza voladora.

GERBERTO.- ¿Y decís que era una cabeza dorada?

ABEN MASARRA.- Resplandeciente. **(Con malicia.)** También hablaba del oro.

GERBERTO.- ¿Acaso era un tratado de alquimia?

ABEN MASARRA.- Describía cómo con ayuda de esos papiros había descubierto un tesoro. Y proclamaba cómo cada hombre tiene un tesoro que encontrar. Lamento no haber puesto más atención en la lectura de ese pasaje, pues me hubiera gustado seros útil. Claro que era un texto hermético al que se podía acceder por distintas entradas, dependiendo de la clave que cada cual utilizara. De ahí que en nada os habrían sido útiles las enseñanzas que yo hubiese podido obtener, pues, al ser otras vuestras preguntas, otras hubieran sido sus respuestas.

GERBERTO.- Siempre desconfié del hermetismo.

ABEN MASARRA.- Siendo así, mucho os habéis esforzado para encontrar un libro que no os merecía confianza.

GERBERTO.- Ignoraba que fuera un libro impenetrable.

ABEN MASARRA.- (**Displicente.**) ¿Pensabais acaso que existía un libro sobre la Cabeza del Diablo en el que se explicaba pormenorizadamente y al alcance de cualquiera el modo de hacerse dueño del mundo?

GERBERTO.- Tal vez pequé de ingenuo, como tantas veces me ocurrió en este asunto. Pero lo cierto es que, ante los mensajes oscuros, siempre tuve la sensación de que era yo quien debía ponerlo todo; pues ellos, de por sí, tras su oscuridad sólo ocultaban el vacío.

ABEN MASARRA.- Y no andabais descaminado, que tal suele ocurrir con todo cuanto nos merece la pena, pues su valor depende de nuestro interés. Así, el oro que buscáis valdrá tanto como valga lo que pretendéis conseguir con él. (**Pausa.**) Que, a la postre, todo en la vida es un espejo -más aún los metales pulimentados- y así, en el espejo de nuestros actos es donde mejor se advierte lo que somos.

GERBERTO.- No seré yo quien le discuta a los espejos su potestad de tener tantas imágenes como miradas penetren en ellos. Pero lo escrito es uno, y que un mismo escrito, dependiendo de quién lo lea, signifique lo uno y lo contrario, no me parece acorde con la razón.

ABEN MASARRA.- Y no lo es. Pero sí con el misterio.

GERBERTO.- No os entiendo. ¿Acaso no habéis sido proscritos por defender la razón frente al dogma? Creía que era vuestra defensa de la luz frente a la sinrazón la que os había enemistado con los ortodoxos. Me desconcierta que tratéis de justificar la oscuridad.

ABEN MASARRA.- En nuestra opinión, existe una ciencia probatoria y una ciencia revelada. La una se alcanza con el esfuerzo; la otra, en cambio, es un atributo de la bondad. Así, el santo ve naturalmente lo que el estudioso tarda siglos en probar; lo que no debe situar al uno frente al otro, pues ambos caminos conducen a una sola verdad. El poeta intuye el universo, el astrónomo lo demuestra; sin embargo, el universo es uno. Por

eso, frente a los que se encastillan y defienden una sola vía de conocimiento, nosotros ofrecemos la contraria; pues aunque las dos son equivalentes, sólo avanzando con ambas, igual que avanzamos con los dos pies, es posible llegar a la sabiduría.

GERBERTO.- No es que yo cuestione la fe, siempre y cuando se la considere como un acto íntimo. En cambio, cuando alguien la esgrime como un argumento, me sublevo contra quienes tratan de utilizar a Dios en su provecho.

ABEN MASARRA.- También hay quien comete atrocidades que luego justifica con razones, lo cual no significa que la razón sea una atrocidad.

GERBERTO.- (Tras una pausa.) Me está siendo tan duro ganarme el derecho a vivir de acuerdo con la razón que difícilmente puedo entender que defendáis el misterio y el hermetismo.

ABEN MASARRA.- Ni defendemos ni atacamos nada. Todo está ahí, al alcance de quien lo necesite; eso es simplemente lo que proclamamos. Y lo hacemos, **(Recalcando.)** como es lógico, sin oponer a unos dogmatismos otros dogmatismos.

GERBERTO.- (Irónico.) Tal vez no os falte... razón.

ABEN MASARRA.- (Tras una pausa.) ¿Y qué pensáis hacer, ahora que ya sabéis que no tiene sentido continuar buscando?

GERBERTO.- Continuar buscando.

ABEN MASARRA.- Una actitud, la vuestra, difícil de conciliar con la razón, y que más tiene que ver con la fe.

GERBERTO.- (Se encoge de hombros.) Alguien más pudo haberlo leído. Puede, incluso, que el mercader que lo vendió a Palacio mandara hacer una transcripción. Mientras exista alguna posibilidad...

ABEN MASARRA.- ¿Aun siendo un libro hermético?

GERBERTO.- ¿Lo censuráis?

ABEN MASARRA.- Muy al contrario. No hay nada tan encomiable como un hombre luchando por alcanzar sus imposibles.

GERBERTO.- Tal vez todo se deba a un convencimiento, o a la necesidad de una respuesta. No lo sé. Pero el deseo de poseer esa Cabeza permanece en mí más que yo mismo. Pues mientras la vida fue haciendo de mí un hombre distinto, hasta el extremo de desconocerme, en cambio esa obsesión jamás me abandonó.

ABEN MASARRA.- Dichoso el hombre que puede gozar de un sueño inalcanzable.

GERBERTO.- ¿Inalcanzable? Yo tengo que alcanzarlo.

ABEN MASARRA.- Justo en esa certeza, que nada tiene que ver con que lo consigáis, es donde reside la dicha.

GERBERTO.- De niño tuve un sueño en el que me prometieron la inmortalidad y el dominio del mundo, y estoy decidido a emplear toda mi vida en exigir su cumplimiento.

ABEN MASARRA.- ¿Exigir? ¿A quién se lo exigís?

GERBERTO.- (Tras dudarlo.) A mí.

(Oscuro.)

Escena III

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

GERBERTO cruza la escena, junto a las tapias del Alcázar, cuando es llamado por YUSUF, que entra tras él.

YUSUF.- Gerberto.

GERBERTO.- Ah, sois vos.

YUSUF.- Por fin. Os hice buscar por toda Córdoba.

GERBERTO.- Pues no me escondía.

YUSUF.- Tenía que hablaros. Y a punto estuve de partir hacia Pechina, pues me aseguraron que estabais allí.

GERBERTO.- Tuve intención de ir, aunque luego no fue necesario.

YUSUF.- Hicisteis bien, que aquello no es lugar seguro.

GERBERTO.- ¿Y eso?

YUSUF.- Desde que se declarara república independiente, allí acuden en busca de refugio todos los desalmados y descreídos.

GERBERTO.- Tenía entendido que era el feudo de los masarríes.

YUSUF.- Precisamente.

GERBERTO.- Conozco a alguno de ellos y no me parecen gente peligrosa.

YUSUF.- ¿Ah, no? Pues practican el sexo libre.

GERBERTO.- (Con sorna.) ¿Y eso os parece mal?

YUSUF.- Además, son comunistas.

GERBERTO.- ¿Comunistas?

YUSUF.- Sí, se oponen a la propiedad privada.

GERBERTO.- Eso ya, entiendo que os altere.

YUSUF.- Pero dejemos a esos renegados. El caso es que estáis aquí.

GERBERTO.- Cierto. Aquí estoy.

YUSUF.- (Confidencialmente.) Tengo noticias.

GERBERTO.- ¿Noticias?

YUSUF.- Del libro.

GERBERTO.- (Cambiando radicalmente su actitud.)
¿Qué sabéis?

YUSUF.- No podía deciros nada en presencia de Almanzor, pero creo saber dónde puede estar.

GERBERTO.- ¿No lo quemaron?

YUSUF.- Quizá no. Cuando comenzó el expurgo, los Mayordomos, con la ayuda de otros siervos, hicieron una gran hoguera en la explanada que hay junto a la alberca de los arrayanes, y allí fueron quemando cuantos escritos les arrojaban los Alfaquíes por las ventanas de la biblioteca.

GERBERTO.- ¿Entonces?

YUSUF.- Tened paciencia. Todo parecía ir bien hasta que, con el viento, la humareda se extendió por los jardines del harén. El Califa ni se enteró, que él con sus rezos... Pero Almanzor, por no oír a las concubinas, propuso sacar los libros de Palacio y hacer la fogata en la otra orilla; a lo que se opusieron los Alfaquíes, pues temían que, con el traslado, pudiera extraviarse alguno. Hubo otras propuestas, todas inconvenientes y, al final, acordaron arrojarlos a los pozos del Alcázar y cubrirlos con piedras y tierra.

GERBERTO.- ¿Podríamos, tal vez, desenterrarlos?

YUSUF.- No será necesario. Al principio, según hablabais con Almanzor, eso fue lo que pensé; aunque hubiera sido imposible hacerlo en secreto.

GERBERTO.- ¿No sería mejor contar con su autorización?

YUSUF.- No se hubiese atrevido. Ni aun a sabiendas de que ese libro fuera la cabeza prodigiosa que buscáis, se hubiera enfrentado a los Alfaquíes. De no haber ordenado el expurgo, todavía; pero revocarlo sería una afrenta de consecuencias imprevisibles. De todos modos, ya os digo que no será necesario. Hice indagaciones y...

GERBERTO.- ¿Queréis explicaros de una vez?

YUSUF.- Alguien se nos adelantó.

GERBERTO.- No es posible. ¿Quién podía saber...?

YUSUF.- La misma noche que cegaron los pozos, un empleado de Palacio sobornó a los Mayordomos y, con su ayuda, desenterró unos pergaminos que se llevó consigo.

GERBERTO.- Pero pudo ser un legajo distinto.

YUSUF.- ¿Iba alguien a arriesgarse a que le cortaran las manos por un escrito cualquiera?

GERBERTO.- Tal vez tengáis razón.

YUSUF.- He tratado de llegar al manuscrito sin infundir sospechas.

GERBERTO.- ¿Pero es que sabéis quién lo desenterró?

YUSUF.- A un Visir de Finanzas no se le oculta nada.

GERBERTO.- ¿Y?

YUSUF.- No hubo manera. Las puertas de su casa son infranqueables. Por más que envié buhoneros, lampistas o mercaderes, con el encargo de que aprovecharan el menor descuido, no fue posible ni entrar en el zaguán; que el muy desconfiado ha debido prohibirle a su hija que responda a llamada alguna.

GERBERTO.- ¿Y a qué se dedica? Por si su oficio nos sirviera de pretexto.

YUSUF.- Es rabino. Y traductor de la biblioteca de Palacio.

GERBERTO.- (Rápido.) ¿Moies ben Hanoch?

YUSUF.- ¿Le conocéis?

GERBERTO.- Entonces no hay duda. Según me han contado, fue su padre, también rabino, quien lo llevaba consigo cuando lo hicieron cautivo en las costas de Sicilia. Además, parece ser que tanto el padre como el hijo han sido traductores de la biblioteca.

YUSUF.- Eso concuerda. Pero, ¿quién os lo ha contado?

GERBERTO.- El caso es que el legajo se extravió, y estuvo en poder de los Masarries -ellos fueron quienes me lo contaron-, aunque luego debieron recuperarlo de manos de un mercader. Y, para preservarlo de nuevos extravíos, qué lugar más seguro que la biblioteca Califal. Por eso cuando el expurgo, debió ser el hijo quien puso los medios para salvarlo de la quema. Que el padre, al parecer, ya debe haber muerto.

YUSUF.- Sí, hace mucho. Yo ni le conocí. E incluso el hijo, a juzgar por los años, debe estar a las puertas.

GERBERTO.- Pues él debe ser quien lo tenga ahora a buen recaudo.

YUSUF.- Por lo que decís, mis sospechas resultan más fundadas de lo que yo mismo creía.

GERBERTO.- Sólo nos falta el modo de hacernos con el legajo.

YUSUF.- Que no va a ser fácil, os lo aseguro. Salvo la violencia, lo he intentado todo.

GERBERTO.- No es cuestión de resolverlo a mano armada, que eso nos delataría. **(Pausa.)** Según decís, tiene una hija, ¿no?

YUSUF.- Así es.

GERBERTO.- ¿Viven solos?

YUSUF.- Sí, que yo sepa.

GERBERTO.- Espero no haber perdido mis dotes de conquistador.

YUSUF.- **(Divertido.)** ¡Voto a... que jamás se me hubiera ocurrido tal cosa!

GERBERTO.- ¿Qué edad tiene?

YUSUF.- Algo más de treinta. Y os prevengo que no es muy agraciada.

GERBERTO.- Más a nuestro favor.

YUSUF.- Seguí tan loco como cuando teníais veinte años.

GERBERTO.- ¿Vive en la judería?

YUSUF.- En el recodo de un salsipuedes.

GERBERTO.- Llevadme, pues, hasta su casa para que me cerciore de lo recóndito del lugar, que, por muy angosto que sea, algún vericuelo habrá por el que darse a la fuga, si es que fuera menester.

YUSUF.- Estáis en todo.

GERBERTO.- En todo lo que convenga a nuestros fines. Que mañana, en cuanto el rabino haya salido, le pondré asedio a la plaza.

YUSUF.- Allí estaré desde antes de que amanezca, que no pienso perderme ese lance.

(Gesto contrariado de GERBERTO.)

YUSUF.- Aunque discretamente.

GERBERTO.- Sería preferible que no volvieran a vernos juntos.

YUSUF.- ¿Pensáis marcharos sin cumplir nuestro trato?

GERBERTO.- Ignoramos si existe alguna secta secreta que esté vinculada al libro. Y, si es así, no sabemos cómo podrán reaccionar. No conviene, por tanto, que nos asocien; para, llegado el caso, poder socorrernos mejor.

YUSUF.- Parece razonable.

GERBERTO.- Si, como espero, dentro de ese libro se oculta un gran tesoro, necesitare de vos para darle rendimiento a tanta riqueza, que los contables y tenedores de los Estados Pontificios no son personas de mi confianza. **(Reacciona.)** Salvo que el trabajar para los cristianos os suponga alguna reserva de tipo religioso.

YUSUF.- En lo más mínimo. De hecho, yo nací en Barcelona, y aquí me tenéis trabajando para el Califato, que nuestro Dios jamás puso reparo a todo lo que sea ganar dinero.

GERBERTO.- Pues si es así, en Roma nos veremos. Y ya os mandaré recado con Airardo, ese frailecillo tímido al que conocéis de otros viajes.

YUSUF.- ¡Huy! Me coge algo cansado para viajar a Italia; pero os enviaré a alguien más joven que sabrá defender vuestros intereses y, de paso, los míos. Que es ésa una empresa muy prometedora, más aún si contamos con la ayuda y consejo de la Cabeza del Diablo, que no se me alcanza mejor aliado para un financiero.

(Y riendo, GERBERTO y YUSUF inician la salida mientras se hace el oscuro.)

Escena IV

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

GERBERTO y SARA conversan, puerta por medio.

GERBERTO.- ¿Y no sabéis cuándo regresará?

SARA.- No acostumbra a volver hasta la noche.

GERBERTO.- Os advertiría al menos de mi llegada.

SARA.- Nada me dijo.

GERBERTO.- Qué contrariedad. Sin duda debió olvidarlo; pues le mandé recado anunciándole que, atendiendo a su ruego, hoy pasaría por Córdoba para recoger un legajo.

SARA.- Sí es contrariedad, pero nada puedo hacer.

GERBERTO.- Unos pergaminos y papiros con extrañas escrituras, que me pidió que le transcribiera. Tenéis que haberlos visto.

SARA.- Es probable que estén en su aposento, aunque no sabría deciros.

GERBERTO.- ¿Vos no seréis por ventura su hija Sara?

SARA.- ¿Conocéis mi nombre?

GERBERTO.- En más de una ocasión os mencionó en sus cartas ponderando vuestras cualidades.

SARA.- Elogios de padre, más fundados en el cariño que en la verdad.

GERBERTO.- No fue esa mi impresión, que sus escritos, aunque discretos en la lisonja, eran tan sugerentes que, según los evocaba durante el camino, las fatigas del viaje al que estaba obligado para recoger el legajo se aliviaban con la esperanza de alcanzar con mis ojos mujer de semejante porte y condición.

SARA.- De vuestras palabras concluyo que sois un joven con gran afición a la plática y al galanteo.

GERBERTO.- No, para mi desgracia; que, si así fuera, ya habría encontrado el modo de doblegar vuestra voluntad. Pero soy hombre maduro y poco diestro en el arte de cortejar, a causa de mi falta de mundo y de mi timidez.

SARA.- ¿Tímido vos? No me lo parecéis.

GERBERTO.- Tal se os antoja, porque el mismo portón que se interpone para mi desdicha, me ampara y me protege, que si me sintiera sometido al juicio de vuestra mirada, incapaz sería de articular palabra.

SARA.- Ya me gustaría presenciar semejante prodigio, que se me hace imposible que un hombre con vuestras expresiones pudiera quedar mudo por la sola mirada de mis ojos.

GERBERTO.- Incapaz del más mínimo requiebro. Tal es mi cortedad que hasta tartamudeo con la sola presencia de una mujer. Cuanto más si sois vos la que me mira.

SARA.- Así será, mas no me negaréis que es cosa extraordinaria.

GERBERTO.- Lo habíais de ver si no fuera porque me es imposible aguardar a que regrese vuestro padre.

SARA.- (Con cierta alarma.) ¿Acaso tenéis prisa por partir?

GERBERTO.- He de rendir jornada en la cora de Elvira, donde mañana han de dictarme unas encomiendas.

SARA.- (Con fastidio.) Pues sí es contrariedad.

GERBERTO.- Como jamás hubiera podido imaginar, que no concibo mayor infortunio que el de haber estado tan cerca de vos y no haber podido gozar del suplicio de vuestra mirada.

SARA.- Podría miraros desde la ventana, si tanto os gusta que os mortifiquen.

GERBERTO.- ¿Haríais eso por mí?

SARA.- Nada arriesgo con abrir el postigo. Y si con ello doy remedio a un caminante...

(SARA abre el postigo y muestra su rostro; que, tal como advirtiera YUSUF, no es muy agraciado. GERBERTO se muestra visiblemente conmocionado por su fealdad, aunque consigue sobreponerse.)

GERBERTO.- Astros y planetas del universo, innumerables estrellas del firmamento, ¿cómo es posible que, habiendo visto esta cara y conociendo sus perfecciones, no hayáis viajado hacia ella cual fugaces cometas para guiarme al encuentro de la amada?

SARA.- ¿Por amada ya me requebráis?

GERBERTO.- Tal es mi inclinación, que gustoso diera mi vida por entrar a vuestro servicio.

SARA.- ¿Y vos sois el que tartajaba en presencia de mujer?

GERBERTO.- (Fingiéndose sorpresa.) ¡Cielos, es verdad! No sé qué pudo ocurrir. Claro que jamás había gozado de visión semejante.

SARA.- Eso puedo creerlo. **(Con intención.)** Y llamarlo «visión» me parece acertado.

GERBERTO.- Maravillado estoy, pues vuestra sonrisa ni azora ni intimida, que más invita a refrescarse en ella según os brota como agua de manantial.

SARA.- (Tras mirarlo un largo rato.) Parecéis hombre ponderado y de buenas maneras. Cierto que sois algo maduro; y aunque no estéis ya para muchas caminatas, aún se os ve capaz de dar un buen paseo. Si no al trote, al paso, que la cuestión es llegar. Ahora bien, lo que no acabo de entender es cómo habiendo proclamado defectos que no poseéis, me habéis ocultado en cambio que sois ciego.

GERBERTO.- ¿Ciego yo?

SARA.- ¿Si no, cómo se entiende que aún no hayáis reparado en mi fealdad? ¿O es que sois un embaucador que trata de seducirme, y es ésa la causa que os mueve a lisonja?

GERBERTO.- Bueno, yo... yo... yo...

SARA.- ¡Albricias, al fin tartajeáis! Temía no haberos gustado.

GERBERTO.- Puede que al expresarme tal como recomiendan los manuales amatorios haya podido cometer algún exceso, mas nada he dicho que no tenga por cierto.

SARA.- Pues no deberíais someteros a preceptiva alguna, que cuando os manifestáis según vuestro natural, os aumenta la galanura y con ella el peligro.

GERBERTO.- ¿Peligro decís? Diera yo aquí por buenos todos los errores cometidos si al fin logro que una palabra mía sea un peligro para vos.

SARA.- Peligro sí, mas no como imagináis. Que lo que temo de vuestra galanura no son los lances y requiebros que me pudierais obsequiar, sino el que, embelesados en el cortejo, demos pie a la maledicencia de quienes pudieran vernos.

GERBERTO.- Si tal teméis, doy por acabada mi buena fortuna; que no quisiera dañar vuestra fama con mi torpeza. Y, a menos que vos lo impidáis, me obligo y tomo el camino de Elvira.

SARA.- ¿Y cómo podría yo, pobre de mí, impedir vuestra marcha?

GERBERTO.- Dándome ocasión para que busque el legajo que vuestro padre olvidó encomendaros.

SARA.- Siendo así, no consentiré que os marchéis sin esos pergaminos que habéis venido a buscar. No sea que mi padre me reprenda por ello. Ocultémonos pues de los fisgones y, ya de paso, podréis revolver en aquello que se os antoje, a ver qué es lo que encontráis. **(Baja del ventano y le abre el portón, mostrando con descaro su fealdad.)** No lo estaréis dudando.

GERBERTO.- No me resistiré a cruzar la que promete ser puerta del paraíso.

(GERBERTO entra en la casa.)

SARA.- Espero no quedar defraudada por este atrevimiento.

GERBERTO.- No tengáis cuidado, que no osaré atentar contra vuestro decoro.

SARA.- **(Para sí.)** Pues vaya chasco. **(Y cierra el portón.)**

GERBERTO.- ¿Y dónde pensáis que debería ponerme a buscar?

SARA.- **(Divertida.)** En la cama.

GERBERTO.- **(Seco.)** ¿En la cama?

SARA.- Sí, en la cama, que se me antoja que el legajo ese que habéis venido a buscar debe ser uno que guarda mi padre entre los almohadones. Que anoche, ya en el lecho, vi cómo lo encintaba con esmero; tal vez preparándolo para cuando pasarais a recogerlo.

GERBERTO.- Pues si creéis que pueda estar entre los almohadones, vayamos a la cama.

SARA.- Dicho así, parece otra la proposición. **(Pausa.)** En fin, seguidme y buscaremos; por ver si sacáramos algo en claro.

GERBERTO.- Vamos allá.

(Avanzan los dos hacia el lecho. SARA se recuesta según rebusca entre los almohadones. GERBERTO, en cambio, se mantiene a una distancia prudencial. Sin embargo, cuando SARA encuentra el legajo y se lo muestra, GERBERTO se precipita hacia la cama, si bien permanece en pie.)

SARA.- ¿Os parece que pueda ser éste?

GERBERTO.- Dejadme ver.

SARA.- Venid, echaros a mi lado y así podremos leerlo juntos.

GERBERTO.- ¿Dice si fue Dhu'l-Nun quien lo escribió?

SARA.- A ver. **(Comprobándolo.)** Sí, aquí se advierte. Pero acercaos y vedlo vos mismo.

(SARA se abraza a sus piernas.)

GERBERTO.- Deberíamos mantener la distancia.

SARA.- ¿Tembláis?

GERBERTO.- Por vuestra proximidad, que no quisiera incumplir la promesa de respetaros.

SARA.- Si es por eso, os eximo de todo compromiso.

GERBERTO.- Me pesaría que creyeráis que traté de engañaros.

SARA.- No tengáis cuidado. Que a mí no hay quien me engañe si yo no quiero.

(SARA tira de él hasta conseguir meterlo en la cama; iniciándose un forcejeo en el que GERBERTO trata de hacerse con el legajo, sin que ella le dé ocasión.)

GERBERTO.- Dejádmelo ver.

SARA.- Tiempo tendréis de disfrutarlo. Mejor lo guardo yo, que los goces que estos pergaminos puedan proporcionarme, si no los disfruto ahora no los disfrutaré jamás.

GERBERTO.- (**Forcejeando.**) Considerad que puede venir vuestro padre, y sería muy embarazoso si nos sorprendiera en una mala postura.

SARA.- No os preocupéis, que para cuando él regrese ya habréis partido hacia Elvira con el legajo; que no suele volver si no es caída la tarde. Y de aquí a que eso ocurra, tiempo tendréis de descansar tantas veces como seáis capaz de cansaros.

GERBERTO.- (**En un último intento.**) Mirad que con estas acciones ofendemos al Altísimo.

SARA.- No tengáis reparo en ello, que Él no es ciego y conoce mis encantos, por lo que, a buen seguro, y guiado por su infinita justicia, no os lo anotará con los pecados, sino junto a las obras de misericordia.

(Y mientras GERBERTO se deja hacer, se hace el oscuro.)

Escena V

(Córdoba, 997 d. C. / 381 H.)

En una cueva de la Tebaida cordobesa, sentados en el suelo, ABEN MASARRA conversa con GERBERTO, el cual ata con una cinta el legajo que acaba de leer.

ABEN MASARRA.- ¿Y bien?

GERBERTO.- Teníais razón.

ABEN MASARRA.- Aunque cerrado en apariencia, el libro siempre abre una puerta a quien se acerca a él con una llave.

GERBERTO.- Conforme lo leía, llegué a tener la sensación de que había sido escrito para mí.

ABEN MASARRA.- El universo aguarda a ser descubierto, aunque necesita de nuestro esfuerzo. Y vos habéis perseverado.

GERBERTO.- Jamás imaginé que alguien, desde el pasado, pudiera responder a mis preguntas de forma tan certera.

ABEN MASARRA.- ¿Quiere eso decir que encontrasteis el oro?

GERBERTO.- Tanto como jamás pude imaginar.

ABEN MASARRA.- En el pasaje del tesoro, ¿o me equivoco?

GERBERTO.- Mis sueños y su lectura se complementan como fragmentos de una misma realidad. ¿Recordáis que es Thot el ídolo al que se refiere Dhu'l-Nun?

ABEN MASARRA.- El hombre con cabeza de ave.

GERBERTO.- Como en mi sueño. **(Pausa.)** Según el manuscrito, Thot señala hacia un lugar en el que se asegura, mediante una inscripción, que hay un tesoro escondido. Mientras todos buscan en esa dirección, Dhu'l-Nun descubre, al descifrar unos papiros, que no hay que cavar donde la mano indica, sino donde la mano proyecta su sombra cuando el sol alcanza el cenit.

ABEN MASARRA.- Un bello pasaje del que yo también obtuve grandes riquezas, si bien os puedo asegurar que no encontré ni una sola moneda de oro.

GERBERTO.- Pues para mí, su significado no puede ser más claro. En los jardines de Tívoli, palacio de verano de los antiguos emperadores romanos, hay una estatua de Mercurio -probablemente erigida por Teodosio o por su hijo Honorio- cuya mano derecha señala en dirección a una colina. En su pedestal puede leerse la misma inscripción que, según Dhu'l-Nun, rezaba a los pies del ídolo: «Aquél que busque, encontrará un tesoro». **(Pausa.)** Como sabéis, el hombre con cabeza de ave a quien los egipcios llamaban Thot, y los griegos Hermes, en Roma era venerado como Mercurio.

ABEN MASARRA.- ¿La estatua es conocida?

GERBERTO.- No habrá habido romano, en los últimos siglos, que no haya cavado en aquel lugar. Tal es así, que, de tanto remover la tierra, han cambiado la colina varias veces de sitio.

ABEN MASARRA.- ¿Y qué es lo que esperáis encontrar allí?

GERBERTO.- El oro del Imperio; al menos ésa es la creencia general. Claro que yo no cavaré en la colina, sino junto a Mercurio, bajo la sombra de su mano. Debió ser Honorio quien lo escondiera allí cuando el saqueo de Roma, para ponerlo a salvo de los bárbaros. **(Pausa.)** Me estremece pensar que, seis siglos más tarde, el oro del Imperio Cristiano pueda ser empleado para restablecer la unidad de la Cristiandad y alcanzar al fin el triunfo del espíritu frente al mal.

ABEN MASARRA.- Curiosa, cuanto menos, la relación que establecéis entre el oro y el espíritu.

GERBERTO.- Sólo ostentando el poder de forma incuestionable veo posible acometer las reformas que son necesarias para que resurja la espiritualidad.

ABEN MASARRA.- No lo entiendo yo así. En cualquier caso, es evidente que el legajo estaba escrito para vos.

GERBERTO.- Tal parece. Sin embargo, antes dijisteis que también vos habíais obtenido grandes riquezas de su lectura.

ABEN MASARRA.- Cierto, también fue escrito para mí.

GERBERTO.- Aunque ni una sola moneda de oro. ¿A qué riquezas os referíais?

ABEN MASARRA.- A un tesoro de otra naturaleza.

GERBERTO.- ¿No puedo yo acceder a él?

ABEN MASARRA.- Necesitaríais otras llaves.

GERBERTO.- ¿Otros conocimientos?

ABEN MASARRA.- También, pero sobre todo otros fines. Reparad, y es todo cuanto puedo deciros, en que el hombre de cabeza voladora, si bien señalaba indicando que sus tesoros

estaban ocultos en la lejanía, lo cierto es que los tenía muy cerca de él. Pensad en ello y descifraréis con facilidad cuál es el verdadero significado de la cabeza resplandeciente.

GERBERTO.- ¿Es tal vez el conocimiento la riqueza a la que os referís?

ABEN MASARRA.- No os precipitéis. Tenéis mucho tiempo aún para meditar.

GERBERTO.- El manuscrito da una respuesta muy precisa a una pregunta concreta; ahora bien, de su lectura surgen nuevas preguntas.

ABEN MASARRA.- Cuando logréis el oro, vuestras acciones os reflejarán en él como en un espejo. Preguntaos entonces, ante vuestra imagen, qué es lo que realmente queréis, qué es lo que buscáis. Puede que para entonces las preguntas sean más acuciantes.

GERBERTO.- ¿También vos me habláis en clave?

ABEN MASARRA.- Nada es clave de nada, como todo es clave de todo. Pues todo se relaciona entre sí, y lo que existe fuera de nosotros, existe igualmente dentro de nosotros; de forma que conocer nuestro exterior es conocer nuestro interior.

GERBERTO.- Igual valdría en sentido inverso.

ABEN MASARRA.- Igual valdría. Y es tan fácil encontrar las conexiones para quien las quiera encontrar, como imposible para quien se niegue a establecer la relación.

GERBERTO.- Os echaré en falta cuando esté en Roma. Aunque sólo sea por las muchas preguntas que me habéis suscitado con vuestras respuestas.

ABEN MASARRA.- En los días en que habéis subido a visitarme hemos hablado de muchas cosas. Ni yo tengo respuestas para todo, ni tampoco vos probablemente las encontraréis. Sin embargo, con cada una de las pequeñas certezas que logramos, entre todos vamos desvelando la verdad. **(Breve pausa.)** Y ahora debéis iros. Cuando Moies advierta que le habéis sustraído el legajo, al punto enviará a sus gentes en vuestra busca.

GERBERTO.- No creo que me relacione. No sabe quién soy.

ABEN MASARRA.- ¿Lleváis tres meses en Córdoba preguntando a todo el mundo por el legajo, y aún creéis que le habéis podido pasar inadvertido?

GERBERTO.- Tenéis razón.

ABEN MASARRA.- Además, lo primero que harán será venir aquí.

GERBERTO.- A su hija le dije que partía para Elvira.

ABEN MASARRA.- Pues que sea notorio. Id hacia allá realmente dejando el rastro claro. Y cuando lleguéis a un puente que hay junto a la alameda, ocultaos bajo el tercer ojo. Desde allí los oiréis galopar sobre vuestra cabeza, mas nada podrán contra vos. A la noche, con sigilo, desandáis lo andado; y cualquier camino os llevará a Roma.

GERBERTO.- Con frecuencia suelo enviar mandatarios a al-Andalus para que adquieran libros de diversos saberes. Tal vez a través suyo nos podríamos comunicar, pues quisiera contar con vuestro consejo.

ABEN MASARRA.- Me agradecerá tener noticias vuestras.

GERBERTO.- Así haré, mas ¿por quién deberán preguntar? Ignoro vuestro nombre.

ABEN MASARRA.- Aben Masarra.

GERBERTO.- (Incrédulo, tras una larga pausa.) ¿Aben Masarra, hijo de los Masarra de Jaén?

ABEN MASARRA.- Así es.

GERBERTO.- Pero... pero Aben Masarra ha muerto.

ABEN MASARRA.- Ya veis que estoy aquí.

GERBERTO.- No es posible. El hombre que decís murió hace mucho tiempo. O al menos eso dicen. Es más, si viviera... tendría unos cien años.

ABEN MASARRA.- Hará ciento cincuenta que murió Dhu'l-Nun y hace un momento os hablaba al oído.

GERBERTO.- No es lo mismo, que era un manuscrito.

ABEN MASARRA.- El hombre que piensa y esparce su semilla continúa viviendo en los demás. Existe una conciencia de la que todos participamos y sólo desde esa sabiduría se alcanza la inmortalidad.

(Por un simple cambio de luz, ABEN MASARRA -cuya visión se producía por transparencia- desaparece tras la gasa, y GERBERTO queda solo e inmóvil unos instantes hasta que se hace el oscuro y baja el telón.)

ACTO III

Escena I

(Campamento de OTTON III, 998 d. C.)

GERBERTO y OTTON III se encuentran sentados, en sendos sillones de cadera, frente al pabellón de campaña del Emperador. Mientras, un CONSEJERO permanece de pie junto a ellos.

CONSEJERO.- En realidad, no opusieron resistencia; fue avistarnos y alzaron el rastrillo.

GERBERTO.- ¿Teníais noticia de que se escondiera allí?

CONSEJERO.- No, no sabíamos nada. Fue batiendo la zona, que mandé destacamentos a villas, monasterios, fortines, abadías... En fin, a todos los lugares en los que pudieran haberle dado refugio.

OTTON III.- (A GERBERTO.) Y bien, ya habéis oído. ¿Qué creéis que debemos hacer?

GERBERTO.- El problema no es Juan XVI, que nunca fue el problema el Antipapa, sino quien lo sostiene.

OTTON III.- Aun así, convendría actuar con firmeza. Y no es que me apetezca, que nos era muy allegado, pero es necesario dar un escarmiento.

GERBERTO.- Si fue amigo de vuestra madre, y uno de vuestros preceptores, razón de más para que se lo hubiera pensado antes de aliarse con Crescenzo. Aunque, insisto, creo llegado el momento de que dejemos de andarnos por las ramas para atajar el mal de raíz.

CONSEJERO.- Soy de vuestro parecer. Mas eso no impide que hagamos coincidir su infamación con la entrada en Roma del Emperador.

GERBERTO.- Nada debería distraernos de la toma de Sant' Angelo.

CONSEJERO.- Una procesión infamante, mostrándole a Roma el cadáver de su Antipapa mutilado, rompería la moral de los sitiados.

GERBERTO.- Ni es el primer antipapa que nombra Crescenzo, ni sería el primero cuyo cadáver fuera infamado sin que el ejemplo sirviera para nada. Es a Crescenzo mismo a quien hay que infamar.

OTTON III.- (Desviando el tema.) ¿Y no sería preferible atrasar nuestra llegada a Roma? Así daríamos tiempo a que se nos uniera Gregorio V y entraríamos juntos en la ciudad.

GERBERTO.- A los romanos no les gustará, que aún no se han hecho a la idea de tener un papa germano. Aun así, es un respaldo que no podéis negarle a vuestro primo.

OTTON III.- ¿Significa eso que lo aprobáis, o que me aconsejáis que lo haga aunque en realidad no lo aprobáis?

GERBERTO.- Jamás os oculté que, en un principio, no fui partidario de su nombramiento. Y no a causa de su juventud, o por sus méritos y aptitudes, que son notables, sino por el vínculo familiar.

OTTON III.- La elección se hizo atendiendo a vuestro plan. Si, a la postre, lo que pretendemos es la unión de los dos poderes, qué mejor que ostentarlos desde un mismo tronco dinástico.

GERBERTO.- La unión de poderes no tiene por qué subordinar el uno al otro, que fue lo que hicisteis canonizando a vuestro primo. Mas eso ya es inamovible. Él es el Papa, y apoyaré sin reservas todo lo que pueda hacerse para restituir su autoridad. De hecho, ésa fue la razón por la que viajé a la Germania, para alertaros de cuanto ocurría en Roma.

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) ¿Hay tropas ya sitiando Sant' Angelo?

CONSEJERO.- Se mantiene el asedio desde que supimos de vuestra venida, y si aún no se dio la orden de asalto, fue por hacerlo coincidir con vuestra entrada en la ciudad.

GERBERTO.- Tal vez no sea preciso ni entablar contienda.

OTTON III.- ¿Por algún motivo que yo desconozca?

GERBERTO.- En el interior de Sant' Angelo hay más de un caballo de Troya.

OTTON III.- ¿Os atrajisteis alguna voluntad?

GERBERTO.- A mi vuelta de al-Andalus, tuve ocasión de conversar con influyentes prohombres de la nobleza romana, y no todas las familias -los Túsculo entre ellas- aprueban el modo arbitrario con que Crescenzo ejerce el patriciado. No digo con esto que les agrade tener un papa germano -aunque no lo expresen abiertamente, todos coinciden en reivindicar su derecho a elegir los pontífices-, pero al menos estos acatan vuestra autoridad. (Tras un gesto ambiguo.) En esos términos podría decirse que se estableció una cierta alianza.

OTTON III.- Una espléndida noticia. (Al CONSEJERO.) ¿No os parece? (A GERBERTO.) Falta sólo decidir qué es lo que hacemos con el prisionero.

CONSEJERO.- Sigo creyendo que...

OTTON III.- (Mandándole callar con un gesto de mano.)
El afecto por los años en que fue mi preceptor me inclina a la benevolencia; sin embargo, su osadía al proclamarse Papa en connivencia con mis enemigos me fuerza a ser inclemente. En tal dilema, trataré de ser justo. **(Pausa.)** Respetaremos su vida, **(Nueva pausa.)** si bien se le infligirán algunas amputaciones. **(Volviéndose a GERBERTO.)** ¿Qué os parece?

GERBERTO.- Es una decisión justa.

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) Vuestra idea de procesionarlo hará efecto en la plebe, mas no soy partidario de infamarlo frente a Sant'Angelo; no sea que, en lugar de desmoralizarlos, la contemplación de su futuro les enardezca. Que temo más al que lucha por salvar la vida que al que lo hace por lograr la victoria.

CONSEJERO.- Se hará como decís.

OTTON III.- Id pues y dad las órdenes oportunas.

CONSEJERO.- (Va a salir, pero se detiene.) ¿Qué... amputaciones?

OTTON III.- No sé. **(A GERBERTO.)** ¿Sabéis vos? **(Al CONSEJERO.)** Las que se acostumbre en casos de traición: las orejas, la nariz, los ojos. Ah, y la lengua, que se la saquen con una tenacilla y se la corten de raíz.

CONSEJERO.- ¿Las manos?

OTTON III.- No, ya es suficiente. No nos ensañemos.

CONSEJERO.- Así se hará.

OTTON III.- Cuidad, sí, de que no se nos muera.

GERBERTO.- Que esté presente un físico para cauterizarle las heridas.

OTTON III.- (A GERBERTO.) Sí, será lo mejor. **(Al CONSEJERO.)** Luego, llevadle a Roma y tenedlo todo dispuesto para la cabalgata; de forma que cuando entremos en Sant'Angelo podamos celebrar grandemente la infamación del Patricio y del Antipapa.

CONSEJERO.- Se hará como decís.

OTTON III.- Poned también los medios para que Gregorio V nos acompañe cuando entremos triunfantes en Roma.

(Sale el CONSEJERO tras hacer una ligera reverencia.)

OTTON III.- **(Volviéndose a GERBERTO.)** Soy de vuestra opinión: debemos atajar el mal de raíz.

GERBERTO.- Si desde un principio se hubiera actuado con igual contundencia...

OTTON III.- De haber vivido mi padre, nada de esto habría ocurrido.

GERBERTO.- No es posible fortalecer el Imperio mientras Roma siga siendo un hervidero de venenos.

OTTON III.- **(Poniéndose en pie.)** Es una suerte contar con vuestro consejo.

GERBERTO.- **(Poniéndose también en pie.)** Cumpló el encargo de vuestro padre. Él me pidió que os asistiera.

OTTON III.- Aun así, gracias. **(Se dirige al interior de su pabellón de campaña, mas antes de entrar en él se vuelve hacia GERBERTO.)** Es duro gobernar.

GERBERTO.- Sí.

OTTON III.- Jamás me tembló la mano cuando tuve que dar muerte a un enemigo, pero ajusticiar al amigo, por grande que sea su traición, me produce remordimiento. **(Pausa.)** Por lo que pudiera tener de venganza.

GERBERTO.- Entiendo vuestra pesadumbre.

OTTON III.- ¿No nos habremos excedido?

GERBERTO.- Atentó contra la Cristiandad. Y contra el Imperio. ¿Qué otra cosa podíais hacer sino aplicarle su justo castigo?

OTTON III.- Tal vez tengáis razón.

GERBERTO.- Aun así, si os remuerde la conciencia, olvidaos de que se alzó contra vos y considerad que el tormento que se le aplica es sólo por el ultraje que le hizo al Papado.

OTTON III.- Así haré.

(**OTTON III entra en su pabellón de campaña. Y cuando GERBERTO gira para marcharse, la luz hace aparecer a ABEN MASARRA, quedando ambos enfrentados durante un momento antes de que se haga el oscuro.**)

Escena II

(**Roma, 998 d. C.**)

En una torre almenada del Castillo de Sant'Angelo, OTTON III, sentado en un sillón de cadera sobre un pequeño estrado, preside el tribunal. Junto a él, de pie, GREGORIO V. A ambos lados del estrado, también de pie, GERBERTO, TÚSCULO y el CONSEJERO. Frente a ellos, varios armados custodian a un grupo de prisioneros principales, entre los que se encuentra JUAN XVI, brutalmente mutilado. El Antipapa es sostenido por un FRAILE, sin cuya ayuda caería al suelo.

OTTON III.- (A JUAN XVI). Ya veis adónde os ha conducido vuestra ambición. Mi madre, la reina Teofanía, os colmó de honores y prebendas. Pero queríais más, deseabais más. Ni la abadía de Nonantola ni el episcopado de Piacenza eran bastante para vos. Desde que llegasteis de Constantinopla, codiciabais la Cátedra de Pedro.

GREGORIO V.- ¿Actuasteis, acaso, por indicación y consejo del Emperador de Bizancio?

JUAN XVI.- (Niega con la cabeza, al tiempo que emite un gemido.)

OTTON III.- Ya, ya sé. Leí vuestro alegato. **(Con sorna.)**
Acudisteis en auxilio de la Cristiandad porque el Papa era huido.

GREGORIO V.- ¿Cabe mayor majadería?

JUAN XVI.- **(Emite un sonido gutural corto.)**

OTTON III.- Para salvar al Vaticano del desgobierno en que había caído Roma.

JUAN XVI.- **(Afirma con la cabeza.)**

GREGORIO V.- Pretendéis hacernos creer que no sabíais bien quiénes eran los que me habían obligado a refugiarme en la Alta Italia.

JUAN XVI.- **(Gruñe y niega con la cabeza.)**

OTTON III.- **(Airado.)** Los mismos que sublevaron la Ciudad contra el Imperio.

JUAN XVI.- **(Niega desesperadamente con la cabeza, emitiendo sonidos guturales.)**

OTTON III.- Habéis satisfecho vuestra ambición, mas a qué precio. Pese a todo, y aunque os segara la vida de un tajo, aún tendríais que dar gracias al Altísimo, pues habéis alcanzado con intriga lo que jamás os hubiera correspondido por vuestros méritos. **(Pausa.)** En justicia, se os debería empalar en la plaza pública y abandonaros a las inclemencias hasta que os convirtierais en carroña. Sin embargo, el recuerdo de aquellos años en los que me enseñasteis la lengua griega me mueve a compasión; por lo que he resuelto ser clemente y condonaros la pena.

GREGORIO V.- En su benevolencia, el Emperador os ha otorgado el perdón terrenal. No obstante, y a fin de que estéis preparado para el Juicio de Dios, se os recluirá en un monasterio donde podréis hacer la penitencia que conviene a la salvación de vuestra alma.

OTTON III.- Que Dios se apiade de vos. **(Y hace una indicación al CONSEJERO.)**

CONSEJERO.- ¿Lo cabalgamos ya?

OTTON III.- Que sea procesionado de Letrán al Vaticano y del Vaticano a Letrán, tantas veces como a las gentes les divierta. Que el camino de su vanagloria sea también el de su humillación.

JUAN XVI.- (Da un aullido lastimero de imprecisa significación.)

(Con la ayuda del FRAILE y de un ARMADO que se acerca a auxiliarle, JUAN XVI es arrastrado fuera de la escena. Tras ellos, inicia la salida el CONSEJERO.)

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) Mandad que suban a Crescenzo.

(El CONSEJERO, que se había detenido, sale tras ellos.)

OTTON III.- (A TÚSCULO.) ¿Dónde es costumbre situar las horcas?

TÚSCULO.- Ya están dispuestas en el Monte Mario.

OTTON III.- (A TÚSCULO.) Deberíais ser vos, pues sois quien mejor conoce a los prisioneros, el que determine quiénes deben ser colgados del cuello, quiénes descoyuntados, y a quiénes bastará con flagelarlos en la picota.

TÚSCULO.- Haré como mandéis.

OTTON III.- Gerberto os asistirá con su buen juicio, que al igual que vos, él también conoce a la nobleza romana. (A GERBERTO.) ¿Os parece?

GERBERTO.- Como gustéis.

OTTON III.- (A GREGORIO V.) Por cierto.

(OTTON III coge del antebrazo a GREGORIO V y le indica que se siente junto a él.)

OTTON III.- (En privado.) Recordadme que os hable del arzobispo de Rávena.

GREGORIO V.- (Con extrañeza.) Pero si la diócesis de Rávena está vacante.

OTTON III.- Por eso precisamente.

(Entra de nuevo el CONSEJERO seguido de CRESCENZIO y su MUJER, ambos escoltados por varios ARMADOS. Éstos arrojan a la MUJER a los pies de OTTON III, lo que hace reaccionar a CRESCENZIO, que es reducido por los ARMADOS.)

OTTON III.- ¿Quién es esta mujer?

CRESCENZIO.- Mi esposa.

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) ¿Y qué es lo que hace aquí?

CONSEJERO.- Luchaba junto al Patricio.

OTTON III.- No parece lo más adecuado a vuestra condición el uso de las armas.

(Y como la MUJER mantiene la cara contra el suelo, OTTON III se levanta de su asiento y, agachándose junto a ella, la obliga a mirarlo.)

OTTON III.- Muy bella. Ya me había parecido. **(Pausa.)** ¿No pedís ninguna gracia?

MUJER.- Vuestra muerte. **(Y le escupe a la cara.)**

OTTON III.- (Limpiándose.) Nunca me gustaron las mujeres en pleitos de hombres.

(OTTON III vuelve a sentarse, al tiempo que la MUJER se incorpora quedando de rodillas, desafiante.)

(Sin alterarse.) No sabe uno qué hacer con ellas. Las galanterías están fuera de lugar. **(A TÚSCULO.)** Ahora, tampoco vamos a descoyuntarla.

TÚSCULO.- (Siguiendo la broma.) Sería una pena.

OTTON III.- (A todos, incluido CRESCENZIO.) ¿Se os ocurre algo?

GREGORIO V.- Tal vez recluirla en un convento.

OTTON III.- No está mal, podría ser. Aunque... **(Pausa.)** ¿No tiene nadie una idea mejor?

CONSEJERO.- Puesto que en el asalto apenas si hubo saqueo, podíais entregársela a la tropa, como botín.

CRESCENZIO.- (Al CONSEJERO.) ¡¡Miserable!!

OTTON III.- (A los ARMADOS.) ¡Fijadlo a la garrucha!

(Con las manos atadas a la espalda, CRESCENZIO es reducido con facilidad por los ARMADOS, quienes lo enganchan por las muñecas con una cuerda que pende de una horca.)

OTTON III.- (Enérgico.) Una palabra más sin que seáis preguntado, y aquí mismo os hago descoyuntar.

MUJER.- ¡Sois un carnicero!

OTTON III.- (Al CONSEJERO.) Y a ella, bajadla a las mazmorras para que la disfruten los armados.

CRESCENZIO.- (Furioso.) Es una patricia. No podéis tratarla como si fuera una ramera.

OTTON III.- (A los ARMADOS.) Descoyuntadlo.

MUJER.- (Lanzándose hacia OTTON III.) ¡Asesino!

(Dos ARMADOS la reducen, al tiempo que otros dos tiran de la cuerda descoyuntando a CRESCENZIO.)

CRESCENZIO.- (Al crujirle los hombros, lanza un grito desgarrador.) ¡¡¡Ah...!!!

MUJER.- ¡Os mataré! ¡Juro que os mataré!

(A un gesto de OTTON III, los ARMADOS aflojan la cuerda. CRESCENZIO, aunque demudado y maltrecho, consigue mantenerse en pie.)

MUJER.- ¡Asesino! ¡Tirano! ¡Moriréis como un perro!

OTTON III.- (A los ARMADOS que la sujetan.) Lleváosla.

(Los ARMADOS la arrastran con dificultad. GREGORIO V y GERBERTO acusan en sus rostros cierto desagrado por la situación.)

MUJER.- (Según es arrastrada.) ¡Os mataré! ¡Lo juro! ¡No pararé hasta veros morir!

(Los ARMADOS, finalmente, consiguen llevársela.)

MUJER.- (Desde fuera.) ¡Asesino! ¡Como un perro!, ¡moriréis como un perro!

(OTTON III, puesto en pie, camina pausadamente como si nada hubiera ocurrido y se aproxima a CRESCENZIO, quien, sin quejarse, muestra en su rostro el dolor y la indignación.)

OTTON III.- Pudisteis dedicaros al gobierno de la ciudad. Pero no, teníais que seguir el ejemplo de vuestro padre. De nada sirvió que gracias al ruego de Su Santidad (**Refiriéndose a GREGORIO V**) se os levantara el destierro. Fue irme de Italia y os faltó tiempo para expulsarlo del Vaticano. Pues aquí acabaron para siempre las tropelías del Patricio de Roma. Aunque, ¿qué digo? ¿Patricio vos? Vuestra nobleza está carcomida por la traición.

CRESCENZIO.- (**Aunque afectado por el dolor, hablará con entereza.**) Jamás acaté el poder de los germanos, conque mal pude entonces traicionarlos.

OTTON III.- Os guste o no, desde que mi abuelo se casara con la Emperatriz Adelaida, corresponde a nuestra familia el Imperio de Italia.

CRESCENZIO.- Puede que esa boda os diera derechos sobre Italia, pero no sobre Roma, que Roma se gobierna a sí misma según sus fueros, y eso me legitima como Patricio. (**A TÚSCULO.**) Vos sois el traidor, por aliaros con los germanos.

OTTON III.- (**Dándole la espalda.**) Es inútil, no perdamos más tiempo. (**Al CONSEJERO.**) Que el verdugo dé cuenta de él. (**A CRESCENZIO, con desprecio.**) En atención a vuestra nobleza, seréis decapitado, por más que la vuestra sea una estirpe de traidores.

CRESCENZIO.- Mi estirpe es leal a Roma. Y poco importa si me decapitáis o no, porque mientras haya un Otton que nos tiranice, habrá un Crescenzo que se levante en armas.

(**Por indicación del CONSEJERO, los ARMADOS van a llevarse a CRESCENZIO.**)

OTTON III.- (**Al CONSEJERO.**) Ejecutadlo en las almenas.

(**CRESCENZIO es llevado a las almenas.**)

(Dirigiéndose a los reunidos.) ¿No pretendía decapitar al Imperio independizando Roma? Pues que la plebe vea cómo caen desunidos su cuerpo y su cabeza, para que así considere cuán poco vale una cabeza independiente.

(El verdugo, con el mandoble, le corta de un tajo la cabeza. Luego, con ayuda de los ARMADOS, lanza su cuerpo al vacío, escuchándose las reacciones de la plebe que, desde las orillas del Tíber presencia la ejecución.)

Acabemos con esto cuanto antes. **(A TÚSCULO y GERBERTO, refiriéndose a los prisioneros.)** Determinad a quiénes se les debe infligir tormento y a quién dar muerte. **(Al consejero.)** Y vos aseguraos de que se cumplan las sentencias.

(Por el trampillón, los ARMADOS obligan a bajar de la torre a los PRISIONEROS. Entre ellos se encuentra ABEN MASARRA; el cual se aparta del grupo para situarse donde GERBERTO pueda verlo.)

GREGORIO V.- Al fin, Roma se verá libre de sus más enconados asesinos.

OTTON III.- Tan doloroso como necesario. **(A GERBERTO.)** ¿No os parece?

GERBERTO.- **(Que no deja de mirar a ABEN MASARRA, cuya presencia sólo es advertida por él.)** Sí. Así es. Había que extirpar el mal.

OTTON III.- Teníais razón. Mi padre, o tal vez mi abuelo, debieron aniquilar a esta familia.

(Tras los ARMADOS y los PRISIONEROS, salen TÚSCULO y el CONSEJERO. Y hace intención GERBERTO.)

GREGORIO V.- (A OTTON III.) ¿Queríais hablarme del arzobispado...?

OTTON III.- Ah, sí. (A GERBERTO.) Esperad un momento, ahora iréis. (A GREGORIO V.) Quisiera proponeros a Gerberto para que ocupe la sede de Rávena. (A GERBERTO.) El arzobispado será un buen puesto para vos. Hay mucho que hacer allí.

GERBERTO.- Majestad.

OTTON III.- (A GREGORIO V.) ¿Qué os parece?

GREGORIO V.- Una excelente idea.

OTTON III.- (A GERBERTO.) También yo pienso retirarme a Rávena. Necesito tiempo para orar y hacer penitencia.

(OTTON III **inicia la salida, seguido por GREGORIO V y por GERBERTO, que no deja de mirar a ABEN MASARRA.**)

OTTON III.- (A GREGORIO V.) Mañana os acompañaré en vuestra ida al Vaticano. Pasaré por Letrán a recogeros. Quiero que la ciudad nos vea juntos para que, en lo venidero, nadie ose atentar contra nuestra unidad.

(**Salen OTTON III y GREGORIO V. Y cuando va a hacerlo GERBERTO, ABEN MASARRA le retiene por el hombro.**)

ABEN MASARRA.- ¿Son estas las piedras sobre las que pensáis edificar vuestra comunidad espiritual?

(**Y ambos quedan inmóviles mientras, lentamente, se va haciendo el oscuro.**)

Escena III

(Rávena, 999 d. C.)

En una estancia de la residencia imperial, OTTON III, sentado a la cabecera de la mesa, conversa con GERBERTO, también sentado, aunque a cierta distancia; tras él, en la penumbra, ABEN MASARRA, cuya presencia sólo será advertida por GERBERTO. Ruido de lluvia y tormenta lejana.

ABEN MASARRA.- ¿Son éstas las piedras sobre las que pensáis edificar vuestra comunidad espiritual?

GERBERTO.- (A OTTON III.) Y es sobre estas piedras, precisamente sobre estas piedras, sobre las que hemos de edificar nuestra comunidad espiritual. Desalentador, mas ¿qué otra cosa podemos hacer? El hombre se debate entre lo deseable y lo posible. Anhelamos cambiar cuanto nos rodea y, sin embargo, he ahí la paradoja, no hay modo de construir nada sin cimentarlo sobre lo que, para bien o para mal, nos ha sido legado.

(ABEN MASARRA deambula lentamente por la penumbra.)

OTTON III.- Es una dura prueba. Pues, aunque el alma aspira al sosiego, el poder, con su urgencia, te perturba y te hace perder la equidad. Tal es así que, cuando más debiera obrar en justicia, temo que sea la ira la que dicte mis actos. Y la sola posibilidad de que esto ocurra me aflige sobremanera y me roba la paz. **(Pausa.)** A veces pienso que acabaré por aborrecer las tareas de gobierno.

GERBERTO.- ¿No será que Dios os llama a la vida monacal?

OTTON III.- También yo lo he pensado. Mas me debo a mi estirpe.

GERBERTO.- Esa paz que anheláis no la vais a encontrar gobernando un Imperio.

OTTON III.- Sin embargo, vos mismo repetís con frecuencia que cada hombre debe santificarse haciendo su trabajo con esmero.

ABEN MASARRA.- (Con intención.) ¿Habéis dicho vos eso?

GERBERTO.- (A ambos.) Sí, eso he dicho. Perfeccionar lo que hacemos nos perfecciona.

OTTON III.- Puede que si me dedicara al estudio o a otras tareas íntimas... ¿Pero cómo alcanzar la perfección sofocando revueltas, o ajusticiando traidores?

GERBERTO.- El mal, ciertamente, contamina.

(Deambulando, ABEN MASARRA ha ido a situarse a la espalda de OTTON III.)

ABEN MASARRA.- De las dos energías que constituyen el universo, mientras que la que rige nuestros propósitos es el amor, de forma que cuanto emprendemos lo hacemos en su nombre, la que infecta nuestros actos es el odio.

GERBERTO.- También yo padezco la pugna entre lo que deseo y lo que he de hacer para conseguirlo; que precisamente, y he ahí de nuevo la paradoja, es justo hacer lo que no deseo.

OTTON III.- Aún no ha pasado un año desde que sofocamos la revuelta de Roma y ya se manifiestan nuevos descontentos, sin que sea posible saber quién los promueve, si los bizantinos o los nacionales de Crescenzo.

GERBERTO.- Si no resultan ser los mismos Túsculos.

OTTON III.- ¿Y qué más dará quién sea? A la postre, es igual. Es el prójimo, los demás, los otros; esos semejantes de los que ignoras todo, salvo que están en contra, que te impiden, que se oponen enconadamente a lo que, según mi entender, sería su beneficio.

GERBERTO.- He ahí otra pugna no menos descorazonadora. Deseamos la unión de la Cristiandad, la paz entre sus pueblos, que el espíritu de Cristo sea el espíritu de su Iglesia; pero ¿lo quieren ellos? Tal vez antes deberíamos concertarnos para acometer reformas internas. Aunque hay cuestiones sobre las que no caben componendas; no podemos consentir que se siga cobrando por la ordenación sacerdotal, como es inadmisibles que aún haya obispos que garanticen la salvación del alma a cambio de donaciones. **(Pausa.)** Y si no somos capaces de enmendar nuestros propios errores, ¿cómo vamos a convencer a reyes, condes y patricios de que deben renunciar a sus privilegios para conseguir la unidad del Imperio? ¿Qué puede importarles a ellos un empeño que va contra sus intereses? Por eso mi insistencia en que debemos proponer una empresa que les sea favorable. Convocarlos en torno a un ideal que propicie alianzas y aumente su fe.

OTTON III.- ¿La conquista de Jerusalem?

GERBERTO.- Sí, la conquista de Jerusalem.

ABEN MASARRA.- ¿Eleva el espíritu combatiendo a los sarracenos?

GERBERTO.- Eleva el espíritu combatiendo a los sarracenos. Almanzor lo hizo. El saqueo de Santiago reforzó su autoridad y enfervorizó a los fieles.

ABEN MASARRA.- ¿La sangre de los cristianos mejoró acaso la espiritualidad del Islam?

GERBERTO.- Yo estaba en Córdoba cuando colgaron en la Mezquita las campanas de Compostela y presencié cómo el pueblo vibraba con su caudillo y con su Dios.

(Lentamente, de forma casual, ABEN MASARRA va perdiéndose en la penumbra.)

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis aumentar la espiritualidad mediante el manejo de las armas?

(**ABEN MASARRA desaparece.**)

OTTON III.- Deberíais hablar más frecuentemente con Su Santidad. Gregorio os aprecia y os tiene en gran estima. Cierto que, en un principio, su negativa a levantar la excomunión de los conciliares de Reims dio lugar a desavenencias, mas eso, por fortuna, es asunto resuelto.

GERBERTO.- Así es.

OTTON III.- Fue una decisión precipitada. Tanto su juventud como la mía nos llevaron a error; sin embargo, vuestro consejo fue de gran provecho.

GERBERTO.- No había necesidad de enfrentarse a la Iglesia gala.

OTTON III.- Prestadle vuestra ayuda como me la habéis prestado a mí, pues también él es partidario de transformar la Iglesia. **(Pausa.)** Hace poco me hablaba con entusiasmo de la reforma de Cluny. Y es de vuestra opinión en lo que respecta a los abades-condes.

GERBERTO.- Su labor como pontífice está siendo de gran provecho. Y si se decidiera a abolir las decretales que autorizan a los condes a instalarse con sus familias en las abadías, se daría un gran paso para recuperar la vida espiritual de las comunidades religiosas.

(**Un SIERVO entra precipitadamente.**)

SIERVO.- Majestad, llegan gentes de Roma.

OTTON III.- ¿No sabéis quiénes son?

SIERVO.- Apenas se les distingue; por la lluvia, y por la noche, que es cerrada. Pese a todo, conforme descabalgaban, me ha parecido reconocer a vuestro Consejero.

OTTON III.- Que pase en cuanto suba. **(Pausa.)** Deprisa, ¿a qué esperáis?

(Sale el SIERVO, al tiempo que descarga la tormenta con violencia.)

OTTON III.- Basta con saber que vienen de Roma para que no pueda evitar un cierto desasosiego.

GERBERTO.- ¿Teméis nuevas revueltas?

OTTON III.- No, mientras la tropa siga acampada en Italia.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON III.- Pero en breve habrá que partir hacia Germania, que también allí comienzan a producirse descontentos, y tras nuestra marcha...

GERBERTO.- Es como tratar de mantener sobre la mesa el agua de un jarro... sin jarro.

OTTON III.- Algo así viene a ser. No hay nada a lo que asirse.

(Entra el CONSEJERO.)

CONSEJERO.- Malas noticias.

OTTON III.- Jamás pensé que pudieran ser buenas.

CONSEJERO.- Ha muerto.

OTTON III.- ¿Muerto? ¿Quién ha muerto?

CONSEJERO.- Su Santidad.

OTTON III.- ¿El Papa?

CONSEJERO.- Gregorio V ha muerto.

(Se oye cómo ruedan los truenos en la lejanía.)

GERBERTO.- (Tras una pausa.) ¿Se sabe cómo ha sido?

CONSEJERO.- Envenenado.

OTTON III.- ¡Pueblo de traidores! ¡Que donde haya un romano haya un veneno...!

GERBERTO.- ¿Cogieron al asesino?

CONSEJERO.- No.

OTTON III.- Pero ¿se sabe al menos quién pudo ser?

CONSEJERO.- No. Nada se sabe.

OTTON III.- ¿Alguien que se infiltrara entre el servicio?

CONSEJERO.- Jamás andaba nadie en las cocinas que no gozara de su confianza.

GERBERTO.- (Tras una nueva pausa.) ¿Sufrió?

CONSEJERO.- Horriblemente. Más de una hora estuvo retorciéndose sin que los físicos acertaran con el antídoto.

OTTON III.- ¿Y en todo ese tiempo no dijo nada?

CONSEJERO.- No conseguía articular palabra.

OTTON III.- ¿No escribió un nombre, no hizo una señal...? No sé, algún indicio.

CONSEJERO.- Nada.

OTTON III.- (Tras una nueva pausa.) ¿La ciudad está en calma?

CONSEJERO.- Cuando la dejé, nada hacía presagiar que pudiera haber disturbios.

GERBERTO.- Y ¿no tenéis ninguna sospecha?

CONSEJERO.- Por Letrán corría el rumor de que podía haber sido la mujer de Crescenzo.

OTTON III.- ¿Eso se decía? **(Pausa.)** ¿Con qué fundamento?

CONSEJERO.- Lo ignoro. Aunque supongo que por lo extraño de su desaparición.

OTTON III.- No sabía que hubiera desaparecido.

CONSEJERO.- No se la ha vuelto a ver desde la toma de Sant'Angelo. Hay quien dice que fue ella la que se arrojó al Tíber, aunque lo más probable es que fueran los armados quienes, después de disfrutarla y sólo por divertirse, la arrojaron al río.

GERBERTO.- ¿Y nadie la ha visto desde entonces?

CONSEJERO.- Ni regresó a su casa, ni se encontró su cadáver.

OTTON III.- ¿Por qué no fui informado de esa circunstancia?

CONSEJERO.- No se consideró necesario. Además, cuando se emprendió la búsqueda, vos ya estabais aquí, enclaustrado en vuestro retiro espiritual.

OTTON III.- **(A GERBERTO.)** Mañana partimos hacia Roma. **(Al CONSEJERO.)** Que nos siga la tropa. Conviene ir respaldados por si hubiera alzamiento.

CONSEJERO.- Lo haré saber a los armados.

OTTON III.- Sí, ocupaos de que todo esté dispuesto para el amanecer.

CONSEJERO.- Siento ser el portador de tales nuevas, pero creí preferible...

OTTON III.- Hicisteis bien. Y ahora, retiraos a descansar. Nos aguarda una larga jornada.

(El CONSEJERO hace una ligera inclinación y se marcha.)

OTTON III.- (Tras una larga pausa.) Mañana debéis venir conmigo.

GERBERTO.- Sí, claro, eso pensaba.

OTTON III.- Quiero que me acompañéis al Consejo porque voy a proponeros para el Papado.

GERBERTO.- ¿Yo...?

OTTON III.- Y quiero hacerlo con prontitud. Antes de que reaccionen las familias romanas.

GERBERTO.- Pero... no pertenezco al Colegio Cardenalicio.

OTTON III.- Tampoco mi primo era cardenal cuando lo propuse.

GERBERTO.- Además, soy galo.

OTTON III.- Tampoco él era italiano.

GERBERTO.- Pueden tomarlo como una provocación.

OTTON III.- Es una provocación. No es que os nombre por eso; tengo buenas razones. León VIII le concedió a mi abuelo la facultad de que fuera el Consejo Imperial quien propusiera al Papa, y no voy a renunciar a ese derecho.

GERBERTO.- Aun así, no sé. Me abrumáis.

OTTON III.- Haremos grandes cosas.

GERBERTO.- ¿No os estaréis precipitando?

OTTON III.- Todo lo que hemos soñado durante tantos años.

GERBERTO.- Creo que deberíais pensarlo más detenidamente.

OTTON III.- Está muy meditado. **(Pausa.)** Lo cierto es que en más de una ocasión pensé si no debería haberos propuesto en su lugar. No debiera decir esto, lo sé, y menos en este momento. Pero lo pensé.

GERBERTO.- Su labor como Pontífice ha sido muy encomiable.

OTTON III.- Mis dudas jamás pusieron en cuestión su capacidad, ni su entusiasmo. Sólo que yo quería llevar adelante vuestro proyecto.

GERBERTO.- ¿Entonces?

OTTON III.- Creí, y ése fue mi error, que con su juventud tendría mayor empuje. Y lo tenía, pero no tenía vuestro proyecto. O al menos, no con claridad. **(Pausa.)** Por otra parte, y dadas las circunstancias, siempre es conveniente tener prevista la sucesión. **(Con sorna amarga.)** La vida de los Papas es tan efímera que, al ofrecer el solio, siento que os pongo en peligro de muerte.

GERBERTO.- No es algo que me aterre. Cuando se es joven, se ambiciona la inmortalidad; mas, con los años, se va perdiendo el apego a la vida.

OTTON III.- **(Cogiéndolo por los antebrazos.)** Mañana comenzaremos a hacer realidad un sueño: el que vos me enseñasteis a soñar.

(OTTON III sale. Y GERBERTO queda petrificado.)

GERBERTO.- Dios. ¿Tendré al fin que creer en tu existencia?

(Descarga la tormenta violentamente, mientras sobre GERBERTO desciende una bandeja con la CABEZA DEL DIABLO.)

CABEZA.- Sírveme y te serviré. Sé mío y seré tuyo. Obra según mis fines y tus demandas serán saciadas. Sírveme y te serviré.

(GERBERTO aterrizado, se tapa los oídos. La CABEZA oscila suavemente a derecha e izquierda, deteniéndose durante las pausas que intercala entre frases. Silba el viento.)

Sé mío y seré tuyo. Atiende mis deseos y te daré satisfacción en aquello que demandes. Sírvenme y te serviré.

(Su mirada verde recorre suavemente la oscuridad.)

GERBERTO.- ¡Fue un sueño! ¡Jamás hice trato alguno!

(Relámpagos y truenos. Vuelve a descargar la tormenta.)

CABEZA.- Sé mío y seré tuyo. Sométete a mi poder y te convertiré en el más poderoso de los mortales.

(Silba el viento.)

GERBERTO.- Fue un sueño. Fue sólo un sueño. ¡Un sueño!
(Y rompe a llorar.)

(Relámpago, trueno y oscuro.)

Escena IV

(Roma, 999-1002 d. C.)

**En la penumbra, sentados en fraileros,
GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA. Por una
puerta, al fondo, entra un rayo de luz.**

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás hice trato alguno.

ABEN MASARRA.- ¿Qué os atormenta entonces?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tuve, sí, un sueño confuso.

ABEN MASARRA.- Como todos los sueños.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Además, yo era un niño.

ABEN MASARRA.- (Irónico.) Pues os persigue como una sombra larga.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tal vez sea culpa mía, por haberme jactado de ello. (Y aclara con prontitud.) Más por sorprender que por convicción, que me divertía atemorizar a los ignorantes.

ABEN MASARRA.- No obstante, se ha cumplido.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Ha ocurrido. Lo que no significa que sea cumplimiento de nada.

ABEN MASARRA.- Por un lado teméis y por otro negáis. ¿Qué es lo que os parte el ánimo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- La imagen de un autómeta. El que venga a mi mente su recuerdo. Una cabeza parlante que pretendieron venderme en al-Andalus. Un ingenio curioso, pero nada más.

ABEN MASARRA.- ¿La Cabeza del Diablo? ¿No os parece ridículo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Bueno... un Bafomet. Y sí, lo es; es ridículo.

ABEN MASARRA.- Un Bafomet que, al parecer, en nada se asemeja a la cabeza que os visitara en vuestro sueño.

GERBERTO-SILVESTRE II.- En nada; que aquella fue una visión de otra naturaleza. Y si bien es cierto que al principio se manifestaba con tanta negrura que cabría pensar que se tratara del maligno, conforme me hablaba se iba transformando en cabeza voladora.

ABEN MASARRA.- Ya os desentrañé el significado de ese sueño; aun así, seguís confundiendo la cabeza de la sabiduría con la cabeza del mal. No es una, sino que son dos las cabezas que os piensan, como dos fueron los empeños en los que os esforzasteis a lo largo de vuestra vida. A cuál de los dos debéis el Pontificado es una cuestión a la que sólo vos podéis responder.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás cometí acto alguno al servicio del mal.

ABEN MASARRA.- ¿No habéis puesto venenos? ¿No habéis hecho conjuras?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Nunca. Puedo jurarlo.

ABEN MASARRA.- ¿Qué os angustia, entonces?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tal vez haya comprado alguna voluntad, pero siempre al servicio de una causa justa.

ABEN MASARRA.- (Con cierta ironía.) Ya, cuando hacíais el mal era al servicio del bien. (Pausa.) Deberíais estar iluminado y os veo, más que nunca, sumido en las tinieblas. (Pausa.) ¿Cómo es que siendo el Gran Sacerdote de la Colina de los Vaticinios vuestras preguntas no encuentran respuesta? ¿Acaso sois menos grato a la Divinidad que los magos etruscos o los augures romanos? Sólo vos tenéis acceso a la gruta de los secretos y, a pesar de gozar de tan gran privilegio, continuáis sumido en la zozobra. ¿No será que el pozo de vuestros vaticinios, vuestro Vaticano, no se encuentra en las entrañas de ninguna colina, sino dentro de vos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pensé que el tiempo resolvería la vida placentemente, y ya veis: a cada paso, aumenta mi desconcierto.

ABEN MASARRA.- Tal vez caminéis en dirección contraria. O puede incluso que no fuera necesario caminar.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tal vez. Añoro los años de estudio. Y el trabajo en el taller: la construcción del astrolabio, la esfera armilar, el ábaco, la sirena de vapor, el órgano, la caja de resonancias; tantas y tantas invenciones. ¡Ah!, y el reloj de péndulo. Recuerdo que mientras lo construía se escuchaba el trino de los pájaros en el claustro.

Pensaba entonces que dividiendo el tiempo en compases, desentrañando su discurrir, llegaría a ser su dueño. Y he ahí que los pájaros, que no se ocupaban de su medición, eran más dueños del tiempo que yo, pues mientras ellos lo vivían desocupados, yo, en mi afán de poseerlo, no sólo no supe disfrutar de aquella dicha sino que, a fuerza de intentar atraparlo, acabé empleando mi vida en negocios que sólo me han dado desazón.

ABEN MASARRA.- Y si era tanta la dicha, ¿qué os empujó a marcharos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- También la enseñanza es un remanso. Resulta tan placentero volcar en otros lo que otros volcaron en ti.

ABEN MASARRA.- No habéis contestado a mi pregunta.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Aunque nada tan apasionante como la contemplación de lo creado.

ABEN MASARRA.- Sí, debió ser apasionante, pero me estáis hablando de vuestro pasado. Aceptad que ya no sois quien erais, pues abandonasteis el silencio en el que cultivabais vuestro espíritu para entronizaros en Roma y gobernar el mundo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No, no. No es eso.

(Se abren las puertas y entra luz a raudales que ilumina una escena de corte. OTTON III, DAMAS, NOBLES y CARDENALES departiendo; ARMADOS, SIERVOS y PAJES, cumpliendo sus funciones.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (A una DAMA, poniéndose en pie.) No es eso en absoluto.

DAMA.- Pues hay quien asegura que encontrasteis un tesoro en el Campo de Marte. ¿O fue en los Jardines de Tívoli?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Fantasías de ociosos. No debéis dar crédito a todo lo que os digan.

DAMA.- Pues si Su Santidad supiera las historias que cuentan.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Ya, ya me imagino.

DAMA.- Aseguran que Su Santidad estuvo en un harén.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Veis?, en eso no andan del todo descaminados.

DAMA.- ¡Alabado sea Cristo Nuestro Señor!

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Divertido.)** Sea por siempre alabado.

DAMA.- **(Vivamente interesada.)** ¿Y es cierto, como dicen, que someten a esas pobres mujeres a suplicios horribles?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No tan horribles. Que si os contara, os sorprenderíais de lo placenteros que son los tales suplicios.

DAMA.- Ah, pues cuente, cuente Su Santidad, que soy toda oídos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Tendréis que disculparme pero, dada mi condición, no creo que deba entrar en detalles.

DAMA.- **(Con manifiesto desencanto.)** Ah.

(Y aprovechando la oportunidad de encontrarse cerca de OTTON III, GERBERTO-SILVESTRE II se desprende de la DAMA.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Confidencial, a OTTON III.)** Me hablaba de harenes.

OTTON III.- **(Sorprendido.)** ¿Cuándo estuvo esa dama en tierras sarracenas?

GERBERTO-SILVESTRE II.- O mejor, pretendía que yo le contara.

OTTON III.- Sabía que no era muy discreta, mas jamás hubiera imaginado que se atreviera a tanto.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La cuestión es que, al hablarme de al-Andalus, vino a mi memoria nuestra conversación sobre el protocolo. Y pensé si no sería ésta una buena ocasión para que le expusierais nuestro plan a estos dignatarios y así conocer su opinión.

OTTON III.- Excelente idea. **(A los presentes.)** Atended. Atended un momento.

(DAMAS, NOBLES y CARDENALES se disponen a escuchar.)

OTTON III.- Hace tiempo que consideramos la conveniencia de realzar el protocolo, así como de dar mayor esplendor a las celebraciones eclesiásticas. Es una antigua idea de Su Santidad, y para llevarla a cabo tendremos que acometer grandes obras, tanto en el Palatino como en el Vaticano y en Letrán. **(A GERBERTO-SILVESTRE II.)** Pero exponedlo vos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Preferiría...

OTTON III.- La idea es vuestra, y vos la expondréis, sin duda, con mayor propiedad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Veréis: durante mis viajes a al-Andalus tuve ocasión de conocer las costumbres de sus gobernantes: visité sus palacios, asistí a sus ceremonias, me sometí a su protocolo; y de la contemplación de tanta fastuosidad, deduje -también se me confirmó- que tal manifestación de riqueza no era sino un modo de consolidar su poder. De ahí que nos preguntemos si no sería beneficioso para la Iglesia y para el Imperio el introducir tales costumbres, y que, en lo venidero, nuestros actos públicos se llevaran a cabo con mayor grandeza y solemnidad.

CARDENAL.- ¿Aun siendo costumbres de infieles?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No porque los infieles beban agua, tenemos los cristianos que morir de sed.

(Risas generales.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Tras la pausa.) En verdad que fueron muchas y muy diversas las cosas que me fascinaron; mas, de entre tanta maravilla, me impresionó sobremanera el esplendor de sus palacios, que son varios y de distinta naturaleza. Así, el de al-Zahara podría ser considerado una ciudad. De hecho, es como lo llaman: Medina al-Zahara; que significa la ciudad al-Zahara, o la ciudad resplandeciente. Allí, el Califa es servido por cerca de cuatro mil mayordomos y más de seis mil mujeres, entre nobles, concubinas, siervas y esclavas.

DAMA.- ¿No pretenderá Su Santidad establecer harenes en Roma, para que nos recluyan a las cristianas en esos horribles lugares?

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Con sorna.) Podéis estar tranquila, que no es ése nuestro propósito.

OTTON III.- Deberíais dejarle acabar.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Al-Zahara es un palacio portentoso al que se accede por jardines muy sombreados. Vergeles en los que la vegetación ha sido dispuesta siguiendo un orden geométrico, y donde el agua fluye por doquier. Arroyos, cauces, estanques, albercas, fuentes... Había una, sin igual, en la que a un león de piedra le brotaba el agua por la boca. Ah, y fieras, fieras vivas, animales extraños traídos de África; algunos tan sorprendentes como unos caballos de enorme cuello a los que llamaban jirafas. **(Pausa.)** Y si los jardines parecían aposentos, por el esmero con que los cuidaban, era entrar en palacio y las columnas, miles, asemejaban bosques de palmeras. Y así, reflejándose mutuamente, jardines, estancias y patios se sucedían como perlas de un collar. Recuerdo un patio cubierto de agua en el que flotaba un pabellón de cristal. Y era tal el ingenio con el que había sido construido que, según se cruzaba caminando, se veía cómo los peces nadaban bajo los pies. **(Pausa.)** Las estancias solían tener los muros vestidos con tapices de seda y los suelos cubiertos de alfombras; y era frecuente ver en ellas piezas de orfebrería que, asemejando aves del paraíso, se movían mediante automatismos al son de un campanil. **(Pausa estudiada.)** De todas cuantas visité, la que más me impresionó fue una de gran tamaño, totalmente recubierta de plata, en cuyo interior había una fuente que giraba en espiral y de la que manaba mercurio.

La estancia era mantenida en penumbra y sólo un rayo de sol - que dirigían con espejos- penetraba vertical e iluminaba la fuente. El efecto que tal disposición producía era prodigioso; pues la luz, al reflejarse en el fluido de mercurio, nos hacía creer que la estancia giraba como si fuera el firmamento. Mas cuando los esclavos golpeaban las paredes, al tiempo que agitaban el mercurio, se producía tal conmoción que, entre relámpagos y truenos, veías cómo el firmamento se precipitaba y era llegada la hora del Juicio Final. **(Pausa.)** Fueron más los palacios que visité en Córdoba: el de la Ruzafa, el del Alcázar, el de al-Zahira, el de la Noria y otro pequeño, construido sobre el río, cuyo nombre olvidé; sin embargo, os he referido sólo la suntuosidad de al-Zahara porque quisiera que imaginárais cómo debió sentirse el Rey Sancho de Navarra cuando cruzaba sus estancias y jardines para ser recibido por el Califa. Cuentan que el cortejo era precedido por músicos y danzarinas, y que le daban escolta un séquito de mayordomos ricamente ataviados. Al parecer, marchaban con gran sosiego, deteniéndose junto a fuentes y estanques, de forma que, durante las paradas, eran los pajes quienes le obsequiaban con dátiles y leche, mientras que cuando caminaban eran las esclavas las que le arrojaban flores a su paso. Fue tal el festejo con el que le agasajaron y tal el desconcierto que esto le produjo, que iba dispuesto a negarle el tributo y no sólo le rindió vasallaje sino que, seducido por tanta fastuosidad, le ofreció a su hija Blanca para el harén. Y es que tales maravillas, además de producir gran placer y deleite a sus poseedores, son un arma muy eficaz para derrotar el ánimo de los enemigos.

OTTON III.- Mi madre, la Reina Teofanía -que, como sabéis, vivió un tiempo en Bizancio-, solía contarme con qué boato se celebraban allí las ceremonias y la fastuosidad con que los gobernantes se exhibían ante los suyos y ante sus contrarios. **(Con intención.)** A modo de advertencia.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Y no es preciso trasladarse a Bizancio; ya sin salir de Roma, sólo con mirar las ruinas de los edificios que aún se mantienen en pie, basta para darse cuenta de que también el antiguo Imperio consolidó su poder mediante la construcción de obras monumentales. La Historia está llena de hechos semejantes: egipcios, persas... Incluso el mismo Salomón reforzó su autoridad edificando un templo portentoso.

OTTON III.- Lo que nos proponemos es que Roma, tantas veces saqueada, recupere su antiguo apogeo, para mayor gloria de la Cristiandad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- De hecho, no fue casual que, al ocupar la Silla de Pedro, eligiera el nombre de Silvestre para mi Pontificado, pues lo hice en memoria de aquel otro Papa con el que la Iglesia alcanzó su máximo esplendor. **(Pausa.)** El milenio ha llegado a su fin sin que se cumpla el Apocalipsis. Ese terror irracional que algunos alentaban para atemorizar a las conciencias y medrar de ello, ya no tiene sentido. Nunca lo tuvo. El Anticristo sarraceno no tiene más poder que el de nuestra debilidad. Seamos, pues, poderosos, y demos muestra de nuestro poder si queremos que sean ellos quienes nos teman. Comienza un nuevo milenio y es llegado el momento de que la Cristiandad salga de su letargo. Y en ese empeño, como en tiempos de Constantino y Silvestre I, la Iglesia y el Imperio vuelven a unirse para proclamar ante el mundo la palabra del único Dios verdadero.

(La escena vuelve a quedar en penumbra, mientras entre murmullos de aprobación desaparecen los cortesanos.

GERBERTO-SILVESTRE II se sienta frente a ABEN MASARRA, reanudándose la conversación.)

ABEN MASARRA.- ¿Pensáis acaso difundir la palabra de Dios con hechos de diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Qué mal hay en que nos defendamos de nuestros enemigos con sus mismas armas?

ABEN MASARRA.- El universo sólo reconoce dos enemigos en combate: el amor y el odio. Y su frontera jamás coincide con la frontera de los estados, o de las religiones.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La Cristiandad ha sido continuamente humillada, hasta el extremo de hacerle perder su propia estima. Lo que pretendemos con estos nuevos modos es devolverle la confianza, que sea consciente de su valía y de su fuerza.

ABEN MASARRA.- La valía de los hombres está en su espíritu. Ahí radica su fuerza.

GERBERTO-SILVESTRE II.- En esa creencia, fue para mí primordial ocuparme de cuanto convenía al cuidado del alma. Así, acometí grandes reformas que redundarán en la vida espiritual de las comunidades religiosas; como también dicté decretales que acabarán con la corrupción en las diócesis. Sin embargo, eso solo no basta; para poder entregarnos al cuidado del espíritu, para alcanzar la santidad, es preciso librarse de la amenaza del Islam. Y para que tal cosa ocurra, lo mejor es que nos teman.

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis, a un tiempo, ser santo y que os teman?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pretendo no ser arrasado por el Islam.

ABEN MASARRA.- El Islam no es vuestro enemigo. No los hombres santos del Islam. Vuestro enemigo es Almanzor.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Cierto. Y es por eso que, para vencerle, he resuelto tomarlo como modelo. Haremos palidecer el esplendor del Califato y conquistaremos Jerusalem, igual que él conquistó Compostela.

ABEN MASARRA.- Si hacéis lo que él hace, seréis lo que él es.

GERBERTO-SILVESTRE II.- La defensa de la espiritualidad no va a hacerme perder mi espiritualidad.

ABEN MASARRA.- ¿No esperaréis encontrar a Dios en el oropel de las ceremonias, o en la sangre de las batallas?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Bien sabéis que siempre le busqué en las maravillas de la Creación. Y así, quisiera que toda la Cristiandad se gozara en su obra. ¿Pero cómo puedo predicar la palabra de Dios desde una ciudad emponzoñada por venenos?

ABEN MASARRA.- Ignoraba que la magnificencia y la ostentación fueran antídotos contra la maldad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pues yo haré que lo sean. **(Pausa.)** Desde muy joven, antes incluso de conocer vuestros libros, que eso fue en Tarragona, yo ya intuía que la religión no servía para nada si no nos conducía a la experiencia espiritual.

De ahí mi desconcierto al advertir lo relajada que era la vida conventual. Tal fue así que colgué los hábitos y me eché al mundo con el convencimiento de que Dios esperaba de mí que acometiera la tarea de devolverle a la Iglesia su espiritualidad. Pues bien, desde entonces, todos mis estudios, todos mis esfuerzos -también todos mis errores- forman parte de un plan para alcanzar ese fin.

ABEN MASARRA.- Y, entre los errores, el pacto con el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás hice pacto con diablo alguno.

ABEN MASARRA.- ¿No fue entonces cuando tuvisteis ese sueño en el que se os ofrecía el poder y la inmortalidad?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Mi único fin es devolverle la espiritualidad al pueblo de Dios. Pero no puedo hacerlo si no tengo el poder para hacerlo.

ABEN MASARRA.- Ya. Sólo que para conseguir ese poder habéis tenido, a cambio, que perder vuestra espiritualidad. Si eso no es un pacto con el diablo...

GERBERTO-SILVESTRE II.- Es la mano de Dios la que me guía. ¿Cómo podéis explicar si no tantos acontecimientos fortuitos, como los que me han ido llevando desde el convento benedictino de Aurillac a la cumbre Vaticana? Mis estudios en Cataluña, el viaje de Borrell a Roma, mi introducción en la corte germana, la tutoría de los Ottones... ¿No veis en ello la mano de Dios?

ABEN MASARRA.- Veo, y me extraño de ello, a un defensor acérrimo de la razón utilizando la casualidad como argumento. ¡Ah!, y no todas las casualidades, sólo las que os resultan convenientes. Que nada decís de la ejecución de Crescenzo, ni de Gregorio V envenenado. ¿Veis también en esas muertes la mano de Dios?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Nada tuve que ver con esos hechos.

ABEN MASARRA.- Nada. Pero os beneficiasteis de que ocurrieran.

GERBERTO-SILVESTRE II.- También me beneficio de los rayos del sol y del agua de los manantiales, sin que por ello sea su hacedor.

ABEN MASARRA.- ¿Pretendéis confundirme con artificios dialécticos?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Yo sólo proclamo que mi vida estuvo siempre al servicio de Dios.

ABEN MASARRA.- Sin embargo, al ofrecer el Papado, lo primero que os vino a la mente fue el pacto con el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Así de confusos son los actos del maligno. Mas, por mucho que me tiente y me perturbe con su insidia, por mucho que desasosiegue mi intimidad, no conseguirá hacerme dudar de la rectitud de mis fines.

ABEN MASARRA.- De poco vale la nobleza de un fin, si para lograrlo nos mancillamos. Son los actos, y no las intenciones, los que pulimentan y abrillantan nuestro espíritu.

(En un plano superior, la luz nos permite ver un aposento del castillo de Paterno, donde una MUJER le realiza una felación a OTTON III; el cual disfruta de ello sentado en un sillón.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Jamás ambicioné poder alguno que obrase en mi provecho, que todo cuanto hice fue al servicio de Dios. Y así espero ser juzgado cuando acuda a su presencia.

ABEN MASARRA.- No será preciso esperar, que ya aquí en la tierra los hechos se suceden según los designios de su justicia. **(Y señala hacia OTTON III.)**

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Al volverse y advertir lo que ocurre a su espalda.)** ¿Y a qué esta visión?

ABEN MASARRA.- El Emperador, que se divierte.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero si partió hacia el Adriático para recibir a la futura reina, que viene a los esponsales.

ABEN MASARRA.- Pues ahí le tenéis.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No... no... no es posible; no puede ser ella. Más bien parece que se hubiera detenido en una posada.

ABEN MASARRA.- Hace noche, sí, mas no en una posada, sino en el castillo de Paterno.

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Comprensivo y nostálgico.)** Dulces pecados de juventud.

(La MUJER, al acabar la felación, se incorpora y, dándole la espalda a OTTON III, se limpia con asco.)

MUJER.- **(Volviéndose solícita.)** ¿Os gustó?

OTTON III.- A fe que llegué a temer si no acabaríais secándome la espina dorsal.

MUJER.- Pues si me empleáis al servicio de vuestra futura esposa, siempre estaré a vuestra merced para cuando necesitéis de todo aquello que las reinas no hacen.

OTTON III.- Una previsión muy tentadora.

(La MUJER va hacia una mesa, sobre la que hay una jarra y un par de copas; situándose así en una posición en la que a GERBERTO-SILVESTRE II le es posible verle la cara.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- **(Aterrado.)** Pero si es la mujer de Crescenzo.

ABEN MASARRA.- Así parece.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... ¿pero cómo no la ha reconocido?

ABEN MASARRA.- El deseo, que ciega tanto como el odio. Que si entonces fue la ira, ahora es la lascivia lo que enturbia su mente y vela sus ojos.

(La MUJER, que se ha servido de la jarra mientras OTTON III ordenaba sus ropajes, se enjuaga con el vino y lo escupe.)

OTTON III.- ¿No lo bebéis? Es un caldo excelente traído de la Borgoña.

MUJER.- Antes quería enjuagarme.

(Vuelve a llenar la copa y camina hacia él, insinuándose. Luego, se sienta en sus rodillas, bebe y le ofrece.)

MUJER.- ¿No queréis?

OTTON III.- **(Con asco.)** Servidme en otra copa.

(La MUJER va a hacerlo, pero OTTON III la retiene.)

OTTON III.- El caso es que vuestra cara...

MUJER.- Pensé que os había pasado inadvertida.

OTTON III.- ¿Nos habíamos visto antes?

MUJER.- Yo a vos sí.

OTTON III.- ¿Y... tenía que haberos visto?

MUJER.- Tres años hace que entré al servicio de los condes de Paterno. Y en ese tiempo habéis rendido jornada en el castillo en varias ocasiones. Si bien nunca, hasta hoy, conseguí atraer vuestra atención, por más que me lo propuse.

OTTON III.- Iría cansado y con la mente puesta en los asuntos del Imperio.

MUJER.- Mientras que ahora es la venida de vuestra futura esposa lo que os lleva embravecido.

OTTON III.- (Ríe.) Vista vuestra... desenvoltura, lamento las ocasiones perdidas.

MUJER.- Pues de vos depende el que me tengáis a vuestro servicio para cuando os plazca.

OTTON III.- ¿Lo deseáis vos?

MUJER.- Siempre será preferible estar amancebada con el Emperador, que no ser la esposa de un rufián.

OTTON III.- Pues ya se verá, que pudiera ser que esta noche os hubierais ganado vuestro sustento de por vida. **(Señalando la jarra.)** Pero ponedme vino.

(La MUJER se acerca a la mesa y, cubriéndose con el cuerpo, vierte un frasco en la copa antes de echar el vino, y luego se le acerca y se la ofrece. Mientras esto ocurre:)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Va a matarlo.

ABEN MASARRA.- Así es.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... haced algo.

ABEN MASARRA.- ¿Qué queréis que haga?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No puede morir ahora.

ABEN MASARRA.- Sólo cabe mirar. Estar presente.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No en este momento.

ABEN MASARRA.- ¿No fue eso lo que hicisteis cuando murió Crescenio?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Necesito que viva para lograr mis fines.

ABEN MASARRA.- Pues ya veis cómo se desmoronan las piedras sobre las que pensabais construir el futuro de la Cristiandad.

(La MUJER le entrega la copa a OTTON III y aguarda a su lado hasta que la apura. Tras beberla, OTTON III queda un momento inmóvil. Presiente lo que ocurre, la mira amenazador y va a abalanzarse sobre ella cuando cae traspasado por el dolor.)

OTTON III.- (Con esfuerzo.) ¡Asesina! (Reacciona. Se sobrepone.) ¡A mí, favor, ayuda!

(OTTON III intenta incorporarse, pero la MUJER, tras arrebatarse la daga, de un puntapié vuelve a tirarlo al suelo.)

MUJER.- Como un perro. Así vais a morir. Como un perro.

OTTON III.- ¡A mí la guardia! ¡Ayuda! **(Y grita hasta que el dolor le impide articular palabra.)**

MUJER.- (Agachada junto a él.) ¿Sabéis quién soy, eh? ¿Sabéis quién soy?

(La mira sin comprender.)

MUJER.- ¿Os dice algo el nombre de Crescenzo?

(OTTON III intenta de nuevo incorporarse, pero la MUJER le coge por el pelo y tira de su cabeza hacia atrás, inmovilizándolo.)

MUJER.- Muy bello, el doncel. Se lo daremos a los gusanos para que lo disfruten.

(OTTON III se deshace de ella, la golpea y la hace rodar. Durante la refriega, la MUJER pierde la daga, que queda en el suelo fuera del alcance de ambos.)

OTTON III.- ¡Ayuda! ¡Favor! ¡Ayuda!

(Pero la MUJER se levanta rápidamente y, con el pie, le golpea con fuerza en el estómago. OTTON III queda retorciéndose sin capacidad de reacción. La MUJER recupera la daga y, apoyándosela en el cuello, le habla a la cara.)

MUJER.- Tres años esperando este momento, y ahora quisiera que no murierais nunca. Que nunca dejarais de sufrir.

(Sin cesar de gemir y darle arcadas, OTTON III se aferra a la mano de la MUJER e intenta hincarse la daga, pero ella logra separarse de él.)

Aunque muerto sois. Y con vos acaba vuestra estirpe. Ya no habrá más Ottones en el suelo de Roma. Se acabaron los emperadores germanos. El heredero que esperabais tras los esponsales, esa cría de alacrán está en mi boca. ¡Muerto! **(Hiriente.)** ¿Os dio placer? **(Con odio.)** Pues mirad, **(Le escupe.)** ahí tenéis su cadáver.

(La luz de la escena posterior va reduciéndose gradualmente. En primer término, GERBERTO-SILVESTRE II se cierra sobre sí mismo negándose a aceptar lo sucedido.)

ABEN MASARRA.- ¿Oísteis eso? Ni un pequeño heredero al que educar, para que en el futuro culmine lo que apenas si habéis comenzado.

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Muy bajo.) ¡Dios, Dios, Dios!

ABEN MASARRA.- ¿Es éste otro de esos hechos casuales propiciados por Dios para que el hombre alcance su espiritualidad? ¿No serán acaso las burlas de un diablo?

(Y también la luz que los ilumina se va reduciendo, de forma que ambas escenas acaban en un mismo oscuro.)

Escena V

(Entre Roma y Jerusalem, 1003 d. C.)

La escena, en sus comienzos, se desarrolla en total oscuridad.

ABEN MASARRA.- (A modo de eco.) ¿No serán acaso las burlas de un diablo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Cómo puedo saberlo? No soy más que un hombre, y nada puedo hacer contra el destino.

ABEN MASARRA.- Contra el destino puede hacerse todo, que nada nos viene impuesto.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Acaso no me esforcé más de lo imaginable para lograr mis fines? Pues ya veis cómo una absurda venganza vino a tirar por tierra la obra de mi vida.

(Una luz muy tenue, conforme aumenta lentamente su intensidad, nos irá mostrando un bloque de piedra rectangular en el centro del escenario.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Mientras aspiraba a engrandecer el Reino de Dios, todo tenía un sentido. En cambio ahora...

ABEN MASARRA.- Seguíis siendo el Sumo Pontífice.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Y qué puedo hacer, con lo nobles romanos disputándose la ciudad, y el nuevo Emperador, que para mayor desgracia me cuenta entre sus enemigos, ausente en la Borgoña? Decid: ¿qué puedo hacer sin que nadie me asista ni me valga?

ABEN MASARRA.- Predicad la palabra de Dios. ¿No era ésa la razón por la que ambicionabais el poder?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No seáis cruel conmigo. Si predicara su palabra según mi fe, mañana mismo asistiría a mi entierro.

ABEN MASARRA.- De ser así, y perdido el poder, podríais romper el pacto; dado su incumplimiento.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿El pacto? ¿Qué pacto?

ABEN MASARRA.- El que os concedía el poder y la inmortalidad.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero eso fue un sueño.

ABEN MASARRA.- Pues romped con el sueño.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Con el sueño? ¿Cómo se rompe con un sueño?

ABEN MASARRA.- ¿Recordáis que hace tiempo os hablé de un espejo?

GERBERTO-SILVESTRE II.- No; no sé. No recuerdo.

(La luz cenital, muy tenue aún, aumenta su amplitud. Si bien GERBERTO-SILVESTRE II y ABEN MASARRA continúan en la oscuridad.)

ABEN MASARRA.- Pues ya estáis frente a él. O ya estáis frente a vos. Que éstas son las victorias que pueden alcanzarse con el oro. A este brillo precario se reducen. Ahora bien, si os sentís disconforme con la imagen que os muestra, traspasadlo, rompedlo, destruid el espejo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿El espejo?

ABEN MASARRA.- Desdecíos del pacto.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero... ¿de qué he de desdecirme?

ABEN MASARRA.- Entre vuestros proyectos, quizá el más antiguo, teníais el propósito de ir a Tierra Santa.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Sí.

ABEN MASARRA.- A conquistar Jerusalem.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Sí, pero no entiendo.

ABEN MASARRA.- Pues trocad la espada por el báculo e id de peregrino.

GERBERTO-SILVESTRE II.- (Titubeante.) ¿De peregrino?

ABEN MASARRA.- A decir una misa.

(GERBERTO-SILVESTRE II **entra precipitadamente en la zona de luz. Debatiéndose en ella.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Una misa?

ABEN MASARRA.- Sí, una misa en Jerusalem.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No. No es posible.

ABEN MASARRA.- ¿El Papa de Roma puede ir a Tierra Santa para conquistarla por las armas...

(GERBERTO-SILVESTRE II **sale huyendo de la zona de luz.**)

...y no puede decir una misa en Jerusalem?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero, ¿para qué? ¿Para qué una misa?

ABEN MASARRA.- Para romper el pacto.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Cómo... cómo sabéis...?

ABEN MASARRA.- ¿No se os concedía el poder y la inmortalidad a cambio de no decir misa en Jerusalem?

(GERBERTO-SILVESTRE II **entra de nuevo en la zona de luz.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡No!

ABEN MASARRA.- ¿No era así?

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡No podéis saberlo!

ABEN MASARRA.- Lo sé.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Cómo es que lo sabéis, si nunca os lo dije?

ABEN MASARRA.- Porque soy el diablo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Vos?

ABEN MASARRA.- Así dirán de mí los que parten el mundo en dos mitades.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Vos, que amáis las cosas sencillas? ¿Vos, que exaltáis el espíritu? ¿Cómo podéis decirme que sois el diablo?

ABEN MASARRA.- Lo mismo, y por igual motivo, que podría decirme que no lo soy.

(GERBERTO-SILVESTRE II **vuelve a salir de la zona iluminada.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- No juguéis conmigo. Tanto si sois ángel, como si sois demonio, no os burléis de mí en mi desgracia.

ABEN MASARRA.- Todo está en vuestra mente. Yo estoy en vuestra mente. Como Dios y el diablo están en vuestra mente. Somos vuestra mente. Así que conciliaros con vuestro propio ánimo, puesto que es vuestra mente la que juega con vos.

(GERBERTO-SILVESTRE II **vuelve a entrar en la zona iluminada, cuya luz, lentamente, se irá incrementando.**)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¡Luz, más luz!

ABEN MASARRA.- Os servisteis del oro para alcanzar la luz, y ya veis, ahora el oro no os da sino reflejos.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Pero no era bruñiendo los propios metales como se alcanzaba la cabeza dorada, la cabeza resplandeciente, la cabeza voladora?

ABEN MASARRA.- No confundáis los pactos con los sueños. La bestia negra que conforme hablaba se convertía en hombre con cabeza de ave, pertenece al sueño. Que así se os indicaba la senda por la que, con vuestro esfuerzo, podríais caminar de la ignorancia a la sabiduría. Pero hicisteis un pacto. Un pacto que no precisa firmas como no necesita ni cabeza parlante, ni Bafomet, ni nada que asemeje la forma del diablo; un pacto con vos mismo. Aquel que os exigíais.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Son cosas que se dicen...

ABEN MASARRA.- Y que luego se cumplen. **(Pausa.)** Gobernar el mundo desde Roma a cambio de no celebrar misa en Jerusalem. Habéis alcanzado el lugar del Imperio, a cambio de renunciar al lugar del espíritu.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero yo siempre quise ir a Jerusalem.

ABEN MASARRA.- Para conquistarlo. El vuestro no era un viaje de veneración, sino de profanación.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Quería recuperarlo para Cristo.

ABEN MASARRA.- ¿Acaso está Cristo en guerra con Alá?
(Pausa.) Vuestros sueños os conducían a la santidad, pero hicisteis un pacto para alcanzar el poder, y vuestra sabiduría se convirtió de nuevo en ignorancia. Y eso es lo que sois, ésa es la imagen que os devuelve el espejo que vos mismo bruñisteis: la de un papa ignorante y aterrado que, como vuestros antecesores, va huyendo del veneno.

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero yo pretendía purificar la Iglesia. Romper con su pasado.

ABEN MASARRA.- ¿Cómo, con obras suntuarias, con ceremoniales, proclamando la Guerra Santa?

GERBERTO-SILVESTRE II.- Así es el mundo en que me ha sido dado vivir, y en él he de valerme. ¿Qué culpa tengo yo de que estemos en guerra por dioses enfrentados?

ABEN MASARRA.- Vos sabéis que, de existir, Dios es uno. O infinitos, que viene a ser lo mismo. Como también sabéis que el modo de adorarlo no es matar en su nombre.

(La luz, que aumenta su intensidad, nos permite distinguir que el bloque de piedra, antes confuso, es un altar, al tiempo que se vislumbra al fondo a una persona hincada de rodillas.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Y qué queríais que hiciera, partir de peregrino?

ABEN MASARRA.- Aún podéis hacerlo.

GERBERTO-SILVESTRE II.- ¿Cómo? No es posible.

ABEN MASARRA.- Salid de madrugada, como cuando escapasteis del convento en busca de un tesoro.

GERBERTO-SILVESTRE II.- No es lo mismo. Soy el Papa de Roma.

ABEN MASARRA.- Pues no lo seáis. Abandonad para siempre el Vaticano y sed el Vicario de Cristo en Jerusalem.

(La luz, aún más intensa, ilumina a la MUERTE, que reza de rodillas.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- Pero eso sería el fin de la Iglesia.

ABEN MASARRA.- El fin, sí, de su poder terrenal, pero también la vivificación de su espíritu.

(La MUERTE toca la campanilla, anunciando el comienzo de la misa. GERBERTO-SILVESTRE II permanece en silencio frente al altar. La MUERTE vuelve a repicar. GERBERTO-SILVESTRE II se despoja de la tiara, alza los brazos, al tiempo que la luz, concentrada, aumenta al máximo su intensidad.)

GERBERTO-SILVESTRE II.- La paz sea con vosotros.

MUERTE.- Y con tu espíritu.

(Y repican a gloria las campanas de la Humanidad, mientras se hace el oscuro y cae el telón.)

120